

UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Departamento de Historia

Licenciatura en Historia

TÍTULO: Julio Argentino Roca: un lugar incomodo en el pensamiento nacional.

Alumno: Francisco A. Taiana

Tutor: Fernando Rocchi

Firma del tutor

Junio, 2015

Introducción.....	pag.3
Desarrollo.....	pág. 9
Capítulo I Julio Irazusta.....	pág.9
Capitulo II: Ernesto Palacio.....	pág.14
Capitulo III: José María Rosa.....	pág. 20
Capitulo IV: Jorge Abelardo Ramos.....	pág.26
Capítulo V Rodolfo Puiggrós.....	pág. 33
Capítulo VI: Arturo Jauretche.....	pág. 38
Capítulo VII: Juan José Hernández Arregui.....	pág. 43
Capitulo VIII: Alfredo Terzaga.....	pág.46
Conclusión.....	pág.54
Bibliografía.....	pág.59
Cronología.....	pág.61

Introducción

Abstract

El objetivo del siguiente trabajo es llevar a cabo un análisis de cómo ha sido tratada la figura del militar y político decimonónico, Julio Argentino Roca, dentro de la corriente historiográfica argentina comúnmente denominada “revisionista”. En función de justificar el valor histórico de esta propuesta de investigación, el tema debe ser abordado en dos partes: por un lado, la cuestión de la figura histórica y, por otro, la elección de esta corriente historiográfica.

En lo referente al primer punto, la elección de Roca como objeto de análisis se debe no solamente al rol protagónico que desempeñó durante casi tres de las décadas más centrales en la historia nacional sino también debido al hecho de continuar siendo, a más de un siglo de su fallecimiento, una de las figuras más controversiales de la misma, principalmente por su rol protagónico en la Campaña del Desierto y el título ocasionalmente adjudicado de “jefe de la oligarquía”.

En cuanto a lo que refiere al segundo punto, el revisionismo surge principalmente como un proyecto historiográfico de revalorización de aquellos personajes del pasado que considera como defensores de lo nacional y, en su veta más tardía de izquierda, también de lo popular. A pesar de no ser Roca un tema central para esta corriente historiográfica, el carácter ambiguo del ex presidente tucumano contiene muchos elementos por lo que podría ser tanto reivindicado como condenado por dicha corriente. Además, el revisionismo tiene la particularidad de haber surgido como respuesta a la así llamada “historia oficial”, cuyas tradiciones se remontan a la obra de Bartolomé Mitre y que incorporó a Roca dentro de su panteón de próceres, pero a la vez antecede a las corrientes más contemporáneas que han construido la imagen más adversa de Roca hasta la fecha. A través de un análisis abarcativo de los escritos de diversos autores, el revisionismo cumple la función de puente entre estas visiones dicotómicas, en el cual se pueda apreciar cómo las tempranas críticas al liberalismo van cediendo progresivamente terreno, primero, a cuestiones más sociales y, luego, más específicamente al tratamiento de los pueblos originarios.

Estado de la Cuestión

Como señalan Fernando Devoto y Nora Pagano en su obra *Historia de la Historiografía Argentina*, el propio término revisionismo abarca acepciones notoriamente ambiguas. En función de delimitar mejor los parámetros del objeto de estudio, emplearemos la definición que Devoto y Pagano aportan en el texto anteriormente mencionado, alrededor de tres ejes centrales.

En primer lugar, se destaca una característica de naturaleza institucional: la producción revisionista emana principalmente de focos dentro de la sociedad civil en oposición a la producción historiográfica de las instituciones estatales. En segundo lugar, el revisionismo se caracteriza por estudiar el pasado a través de un foco que ideológicamente se identificó con el nacionalismo y, posteriormente, con el peronismo (ideologías que dentro de su propia esfera política abarcan un espectro considerablemente amplio y variado). Finalmente, la corriente revisionista se presenta a sí misma como una nueva interpretación del pasado argentino (en contraposición a la denominada, en términos generales, historiografía liberal), principalmente del período que va de 1820 a 1852, aunque no de manera exclusiva¹.

En la visión de Tulio Halperín Donghi, el revisionismo aparece como una corriente historiográfica de vigor aparentemente inagotable que deriva de una capacidad de expresar los cambios de orientación de ciertas vertientes de la opinión pública argentina a lo largo de un medio siglo marcado por una crisis (sociopolítica, a partir de la Ley Sáenz Peña, y económica, a partir de 1930) cada vez más radicalizada². Tomando sus esquemas interpretativos básicos del nacionalismo francés de Charles Maurras, el revisionismo en su etapa inicial busca sustraer del pasado una etapa individualizada que sirva tanto de modelo para el pasado como para el futuro. De esta manera, la política se constituye tanto como punto de partida como de llegada, a fin de aportar una vía alternativa a la que hasta el momento había guiado los destinos de la nación. De este último punto se desprenden dos ejes centrales: en primer lugar, el repudio a la

¹ Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pág.201-202.

² Halperín Donghi, Tulio *El Revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pág.13.

democratización política del siglo XX y, en segundo lugar, la denuncia al modo de inserción de la Argentina pos independiente en el escenario internacional³.

En consecuencia, la tesis predominante era que las deficiencias de la política interna se encontraban intrínsecamente ligadas, en un lazo de causalidad recíproca, con la abdicación de los intereses nacionales frente al extranjero⁴. En función de sustentar dicha teoría, el revisionismo argentino se inserta en una tradición historiográfica donde la dimensión económica ocupa el primer plano⁵.

Este postulado se opondría en cierta medida a la postura de Julio Stortini para quien, en el revisionismo, la función social de la historia, en tanto ciencia moral y política, era compatible con la reconstrucción crítica y metódica del pasado. De esta manera, el revisionismo no propondría una superación metodológica de la historia liberal sino una reinterpretación con perspectiva nacional, depurada de las falsificaciones y tergiversaciones de la historia oficial⁶. En consecuencia, la historia política se constituiría en la principal clave interpretativa del revisionismo. En función de ello, la historia argentina sería entendida como la lucha de dos cosmovisiones en pugna: por un lado, se encontrarían los dirigentes que expresaban los intereses de la nación y, por otro, los que buscaban imponer los intereses de una civilización extraña a la realidad argentina⁷.

Si bien es posible argumentar en favor de cualquiera de estas dos posturas apoyándose en ejemplos extraídos de la producción historiográfica, no buscaremos aquí hacer sobresalir a alguna en detrimento de la otra. Simplemente nos limitaremos a señalar las dificultades intrínsecas a la hora de elaborar categorizaciones taxativas para clasificar a corrientes historiográficas de carácter tan variado como el revisionismo.

A esta delimitación de la corriente revisionista se le debe adicionar además un proceso de emergencia de nuevas formaciones político-culturales que comienzan a consolidarse luego de la

³ Halperín Donghi, op. cit., pág.15-17.

⁴ Halperín Donghi, op. cit., pág.17.

⁵ Halperín Donghi, op. cit., pág.18.

⁶ Stortini, Julio H. "Los orígenes de una empresa historiográfica: El Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1938-1943", en Devoto, Fernando, *La Historiografía Argentina en el Siglo XX*, Buenos Aires, Editores de Latinoamérica, 2006, pág.166-167.

⁷ Stortini, op. cit., pág. 164-165.

caída del gobierno peronista en el año 1955. De esta manera, en los años posteriores al derrocamiento del Gral. Juan Domingo Perón, el campo político-intelectual argentino fue testigo de una evolución que podría ser definida como “hibridación de los procesos de izquierda”, mediante la cual diversos cuadros de formación marxista revalorizan la doctrina peronista y la incorporan a su pensamiento. Los aportes intelectuales de estos autores se expresaron historiográficamente en un conjunto de obras que, si bien no gozan de uniformidad conceptual ni taxonómica, pueden ser no obstante catalogadas como revisionismo de izquierda, neorrevisionismo, izquierda nacional, entre otras definiciones⁸.

Durante los años del exilio, el peronismo acaba de hacer suyo la identificación con el pasado rosista que sus detractores le lanzaban y de esa manera termina incorporando el revisionismo inspiraciones ideológicas aún más diversas a las de la etapa 1930-1955, como las problemáticas leninistas del imperialismo⁹. Durante este periodo más tardío se observa una identificación cada vez más completa con las clases populares, intensificada por la represión que acaba por convertir al peronismo en un movimiento revolucionario tanto en sus medios como en sus fines¹⁰. El neorrevisionismo acompaña esta transformación, abandonando la búsqueda en el pasado de un modelo para el futuro y sustituyéndola por la historia continuada pero soterrada de las clases oprimidas y de la promesa siempre frustrada que sólo ha de materializarse en un momento futuro de ruptura revolucionaria. De esta manera, el neorrevisionismo pasa a coincidir con el Alberdi de 1852 que estaba convencido que la edad de oro de la Argentina residía aun en el porvenir. Debido a ello, Halperín concluye que el revisionismo se aleja de la historiografía y evoluciona a lo largo del siglo cada vez más hacia una construcción de alegorías retrospectivas para legitimar las posiciones políticas contemporáneas de sus autores, en una actividad más mitopoética que histórica¹¹.

A pesar de la diversidad existente dentro de esta veta revisionista, la izquierda nacional puede ser dividida a lo largo de dos vertientes principales: por un lado, se encuentra una matriz de origen trotskista y, por otro, un conglomerado formado por militantes expulsados del Partido

⁸ Devoto y Pagano, op.cit., pág. 310.

⁹ Halperín Donghi, op.cit., pág.34.

¹⁰ Halperín Donghi, op.cit., pág.37.

¹¹ Halperín Donghi, op.cit., pág.41-42.

Comunista. A estos dos grandes grupos, debe sumársele otros autores de origen yrigoyenista, frondicista y peronista.¹²

Debido al anteriormente señalado carácter ambiguo de esta corriente historiográfica y, en función de hacerle justicia al mismo, en este trabajo se intentará contemplar un abanico lo suficientemente amplio de autores para establecer un marco representativo de la diversidad de los matices contenidos dentro del propio revisionismo. En consecuencia, cada autor estudiado en este texto será seleccionado no solamente por ser un exponente del revisionismo en términos generales sino además por representar una gama específica dentro de esta corriente historiográfica, tanto en sus dimensiones nacionalistas como en sus facetas peronistas posteriores. De esta manera, se busca, a través de la focalización sobre el tratamiento de un proceso específico (en este caso el accionar político-militar del Gral. Roca), ilustrar las divergencias, convergencias, sutilezas y contrastes existentes entre diferentes autores revisionistas.

Debido al carácter (en el sentido estricto de la palabra) excéntrico que ocupa la figura de Roca dentro de esta corriente centrada predominantemente en la figura de Juan Manuel de Rosas y en algunos de sus antagonistas más cercanos, como Bartolomé Mitre y Justo José de Urquiza, la relación entre el general tucumano y el revisionismo no es un tema que los estudios historiográficos argentinos hayan tratado extensamente. Entre los poco abundantes escritos sobre el tema, se destaca un artículo publicado en la revista *Escenarios UPCN* de septiembre del 2012 por el miembro el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego, Francisco Penstanha¹³. Otro texto que se debe mencionar es un artículo del sociólogo Juan Godoy, publicado por la Agencia Paco Urondo, en abril del 2014¹⁴. El motivo por el cual se menciona a ambos artículos reside en el hecho de que, además de contener material bibliográfico comparable, comparten en buena medida los mismos problemas metodológicos. En primer lugar, el criterio de selección en ambos casos no es claro y parece más bien limitarse a un aglutinamiento de algunos autores destacados de esta corriente en términos generales. En segundo lugar, ninguno de los artículos hace mención ni a las vetas específicas de

¹² Devoto y Pagano, op.cit., pág. 311.

¹³ Pestanha, Francisco José, "Julio Argentino Roca y el Revisionismo Histórico", en revista *Escenarios UPCN* – mes de setiembre de 2012.

¹⁴ Godoy, Juan, "Roca y los Revisionistas", en Agencia Paco Urondo, abril del 2014.

los autores citados, ni parecen diferenciar entre el revisionismo tradicional y el revisionismo de izquierda. En tercer lugar, en ambos casos hay una ausencia total de contextualización de las obras citadas y una omisión de las características historiográficas de sus autores. En conclusión, ninguno de los artículos aporta mucho más que un rejunte de citas de los autores empleados, con escaso análisis de los mismos.

Desarrollo

En la siguiente sección, analizaremos en profundidad las posturas de cada uno de los ocho autores investigados en este trabajo. En función de ello, cada capítulo estará dedicado esencialmente a un autor en particular, aportando tanto breves contextualizaciones de la formación y pensamiento del mismo como así también una descripción extensiva de sus posturas sobre el tema central de este texto. Los capítulos, a su vez, se encuentran divididos en dos grupos, reflejando las dos vertientes más destacadas del revisionismo: los capítulos I –III responden de esta manera a la primera etapa del revisionismo de las décadas de 1930 y 1940, mientras que los capítulos IV-VIII, se identifican con el neorrevisionismo y contienen producciones realizadas aproximadamente entre los años 1955 y 1976.

Capítulo I: Julio Irazusta

En un clima político-social enrarecido por una crisis mundial, la reconfiguración de **la** Argentina en el mundo, el sistema fraudulento del gobierno de Justo y el avance de ideologías nacionalistas es que emerge en el escenario historiográfico Julio Irazusta, junto a su hermano Rodolfo, en el año '34, marcando la tradicional fecha de nacimiento del revisionismo¹⁵. A los ojos de este primer revisionismo, la Argentina era un país colonizado por el imperialismo británico, lo cual lo había conducido a verse culturalmente convencido de su propia incapacidad técnico-industrial. La situación post crisis del '30 había fomentado el debate acerca del rol del Estado, particularmente en lo que refiere a los servicios cuya entrega, sostenían, había sido iniciada por Mitre¹⁶. En consecuencia, Irazusta trazaría una transparente relación entre su situación contemporánea y su análisis del pasado, entendido en parte como una larga sucesión de claudicaciones frente al imperio británico por parte de una elite argentina, cuyo comportamiento

¹⁵ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 221.

¹⁶ Stortini, Julio H. "los orígenes de una empresa historiográfica: El Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1938-1943", en Devoto, Fernando, *La Historiografía Argentina en el Siglo XX*, Buenos Aires, Editores de Latinoamérica, 2006 pág. 182-183.

es entendido como resultado de una ideología abstracta, laicista, antinacional y proclive a una Argentina pequeña y al desmembramiento nacional¹⁷.

Según Halperín Donghi, para Julio Irazusta esta oligarquía constituye un sector de elite definido por una ideología militantemente antinacional que, habiendo desvalorizado la Argentina que había heredado, busca (en un acto de sincero patriotismo del cual Irazusta no duda) la redención nacional a través del rechazo total de su legado histórico y de la implantación del modelo europeo¹⁸. Fuera de las características anteriormente señaladas, otras definiciones resultan dificultosas ya que, en esta visión, la oligarquía difícilmente evoca a un grupo social o económico propiamente dicho y no se identifica ni con la elite política ni cultural¹⁹.

Sin embargo, y probablemente por la rápida desilusión sufrida tanto por Irazusta como por muchos de sus correligionarios con el gobierno de Uriburu, este autor rechazaría de plano a la dictadura como un camino alternativo viable para la nación, a pesar del precedente de Rosas²⁰.

Tras la caída del Gral. Perón en 1955, Irazusta hace progresivas modificaciones a su revisionismo hasta constituirlo en una disidencia frente a la historia oficial y haciendo una distinción entre los fundadores del orden constitucional y los gobiernos de fraude, corrupción y servilismo extranjerizante más tardíos²¹. Este acercamiento fue en principio resistido por un antiperonismo triunfante que aun trazaba paralelos entre el general depuesto y el viejo caudillo pero los acontecimientos de la Revolución Cubana hicieron de ese encuentro una opción de consenso político conservador más atractiva que culminaría con la incorporación de Irazusta a la Academia Nacional de Historia²².

Al presentar a los miembros que componen a la generación del 80, el autor los define como el conjunto de hombres que entraron en la escena política junto con la primera presidencia de Roca y que continuarían desempeñando un rol protagónico en el siguiente medio siglo, sin jamás intentar una revisión de fondo del sistema de conducción nacional que había sido

¹⁷ Devoto y Pagano pág. 224-225.

¹⁸ Halperín Donghi, Tulio, op. cit., pág.24.

¹⁹ Halperín Donghi, op. cit., pág. 25 .

²⁰ Stortini, op. cit. pág. 177.

²¹ Halperín Donghi , op. cit., pág.32.

²² Halperín Donghi, op. cit., pág.33-34.

establecido luego de la Batalla de Caseros²³. Esto en parte se explicaría por la revolución intelectual con la que los organizadores de 1853 habrían podido conquistar el poder y que emplearían para amoldar a la nación a sus parámetros sociológicos e institucionales, en detrimento de cualquier proyecto de engrandecimiento político. En el texto, la figura de Juan Bautista Alberdi surge como fuente principal de una tesis que Irazusta define como de renuncia a la tradición propia, a la ambición de engrandecimiento territorial e incluso a la defensa del espacio geo-político nacional²⁴.

En cuanto refiere a Roca específicamente, el autor identifica un fuerte contraste entre lo que define como la maestría con la que fue capaz de llegar a la poder y la falta de criterio con la que constituiría a su gabinete una vez llegado a la presidencia. El argumento de Irazusta se basa en documentos tales como una carta del propio Roca a Juárez Celman en la cual confiesa que con el nombramiento de Bernardo de Irigoyen al ministerio de Relaciones Exteriores se aseguraba que, en caso del estallido de una guerra con Chile, el público no percibiría al conflicto como el fruto de las ambiciones de un joven presidente militar con hambre de gloria sino como un “hecho fatal e inevitable”. En ese mismo intercambio epistolar, Roca se refiere al nombramiento de Manuel Pizarro como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública por su carácter de católico dócil que fácilmente podría ser enderezado contra la curia. La raíz de esta forma en la que el general tucumano habría conformado su gabinete (definida por el autor como desapoderada) se identifica en el texto como consecuencia de la incapacidad que el país habría tenido a la hora de elaborar un sistema de conducción nacional propiamente dicho, implantando una escuela de caudillos a falta de una escuela de estadistas²⁵.

En cuanto a lo que concierne a la política económica del roquismo, el autor hace una clara distinción entre su primera y segunda presidencia. Para ilustrar mejor el pensamiento económico del primer Roca, Irazusta cita el discurso que dio el presidente en la Exposición Interprovincial de Cuyo, en la ciudad de Mendoza en 1885, en la cual expone una serie de argumentos que sustentan la necesidad de una industrialización del país, sostenida a través del apoyo del Estado y una política aduanera proteccionista en su etapa inicial, aduciendo

²³ Irazusta, Julio *La generación del 80*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981 pág. 5.

²⁴ Irazusta, op. cit., pág. 6-7.

²⁵ Irazusta, op. cit., pág. 38.

imperativos tanto comerciales como estratégicos. El criterio de Roca en esta instancia, descrito como “realista, sensato y patriótico”, encuentra su explicación en el texto en la influencia reinante aun en la década del 80 del pensamiento de hombres tales como Nicolás Avellaneda, Vicente Fidel López y Estanislao Zeballos. Ya para 1898, sin embargo, la situación sería otra: la evolución de Roca se desviaría hacia un sentido maniqueamente opuesto, declarándose “partidario de la eternidad pastoril de la Argentina”, al pronunciarse tajantemente por el libre comercio y condenando a la industria nacional de “irremediable inferioridad”²⁶.

La política interna de Roca es también catalogada como de “desafortunada”²⁷. La sanción de la ley de educación laica 1420 aparece en el texto como el detonador de un conflicto incubado desde el advenimiento de masones (tales como Urquiza, Mitre y Sarmiento) que acabaría sintetizándose en el “agnosticismo transcendental” que habría caracterizado a la sociedad argentina de fin de siglo XIX. El conflicto que acabaría estallando con la Iglesia es visto por el autor como el primer fracaso de Roca en cuestiones religiosas, debido a que tales acontecimientos se presentan como contrarios a los deseos del general tucumano de mantener buenas relaciones con las diversas tendencias de su sociedad, entre las que se destacaba el clero²⁸.

Este giro es presentado en el texto como una más de las diversas fluctuaciones que Roca tuvo a lo largo de su vida, incluyendo su paso de las huestes federales de Urquiza hacia las tropas mitristas. Una flexibilidad semejante, aduce Irazusta, no habría tenido nada de reprochable de haber seguido Roca “objetivos fijos y elevados por métodos variables”, actitud que es propia, según el autor de los “grandes capitanes”. Sin embargo, el texto afirma que ése no fue el caso de Roca, cuyo comportamiento es explicado por un afán de predominio personal, con la única excepción de la campaña del desierto, la cual habría sido inspirada por su acertada imaginación dentro de las posibilidades de su época. Tales cualidades atentarían contra las posibilidades de Roca de llevar al gobierno un plan de envergadura²⁹.

²⁶ Irazusta, op. cit., pág. 39-41.

²⁷ Irazusta, op. cit., pág. 41.

²⁸ Irazusta, op. cit., pág. 47-48.

²⁹ Irazusta, op. cit., pág. 49.

De las inconsistencias y contradicciones de la personalidad de Roca, el texto traza paralelismos con las discrepancias y divisiones que plagaban a los hombres del Ochenta a escala generacional. La presencia de mitristas, roquistas, pellegrinistas, católicos, liberales, antiguos rosistas y urquicistas imposibilitaba un verdadero proyecto nacional. El autor los considera como apenas capaces de unirse alrededor del propósito de procurar el progreso en los términos generales ideados por los organizadores nacionales post Caseros. Sin embargo, Irazusta hace una reivindicación del tema de la emancipación económica nacional como un complemento indispensable de la independencia económica, que se desprende del pensamiento de figuras tales como Rodolfo Moreno, Emilio Civit y Estanislao Zeballos³⁰. A este último le adjudica, además, lo que posiblemente sería el único plan de auténtico engrandecimiento nacional en disidencia con el proyecto nacional post-caseros³¹. Esta reivindicación de Irazusta hacia Zeballos, por otro lado, no puede ser de ninguna manera considerada una casualidad inocente en tanto que este último sostuvo a lo largo de su vida, tanto privada como pública, posturas de férrea defensa del interés nacional que se encontraría en cierta sintonía ideológica con el pensamiento del primero. Efectivamente, el desempeño como canciller de Zeballos en representación de la Argentina (a la cual consideraba como destinada a ser una nación moderna y viril) llevaría a frecuentes fricciones con las potencias vecinas y a la generación de atmósferas de marcado belicismo, como lo ejemplifica el periodo de las relaciones argentino-brasileñas de 1908 a 1914, comúnmente denominada como la “diplomacia de los acorazados³²”.

El autor identifica a Carlos Pellegrini, Bartolomé Mitre y Julio A. Roca como los jefes de la Generación del Ochenta, caracterizados por sus mutuas rivalidades y ausencia de ideas comunes respecto de la conducción del país. De entre ellos, el último es señalado como el más incoherente, citando casos como el proyecto de reforma educativa de Osvaldo Magnasco para la formación de técnicos elaborado bajo su presidencia sólo para ser abandonado ante la “menor resistencia de los enciclopedistas”. Otro caso es el del proyecto de desarrollo minero que le permitió decir al Ministro de Obras Públicas y Agricultura Emilio Civit, en función de proyectar

³⁰ Irazusta, op. cit., pág. 50.

³¹ Irazusta, op. cit., pág. 53.

³² Cisneros, Andrés y Escudé, Carlos. «Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina - La "diplomacia de los acorazados" (1908-1914)»

un porvenir industrial al país, declarar hacia el final de su periodo que el destino nacional era aquel de un país agropecuario³³.

No obstante, el texto reivindica algunos aspectos positivos de la obra de los hombres del Ochenta (considerados, a fin de cuentas, como hombres de talento) entre los que se destacan la construcción de una fisonomía de Estado moderno, el desarrollo en infraestructura y en el plano institucional, el crecimiento económico y demográfico y la conquista del desierto. A esto se le debe agregar el haber inaugurado el periodo de paz más extenso hasta el momento conocido por el país en su periodo independiente. Sin embargo, según Irazusta, esta consolidación del orden y la paz interna se llevó a cabo no solamente sin apoyo popular sino además se hizo a expensas de la renuncia de toda política exterior³⁴; esta condena se torna más severa cuando se contempla que el texto considera a los ambiciosos fines diplomáticos como los únicos objetivos capaces de constituir a las grandes empresas políticas como tales³⁵.

Debido tanto a esto como a las inconsistencias anteriormente mencionadas, a los ojos del autor resulta imposible de hablar de un “proyecto del Ochenta” como tal³⁶, lo cual es enmarcado dentro del espectro más general de errores cometidos por los argentinos independientes, cuyos orígenes se remontan al repudio total por parte de estos últimos a su herencia hispánica³⁷.

Capítulo II: Ernesto Palacio

Este autor revisionista, de familia tradicional y abogado de formación, fue uno de los principales promotores del nacionalismo maurrasiano y del catolicismo intelectual argentino³⁸. El grueso de su obra concuerda con uno de los periodos más prolíficos de producción revisionista entre finales de la década de 1930 y buena parte de la siguiente³⁹, que coincidirá con la aparición de la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* de la

³³ Irazusta, op. cit., pág. 53.

³⁴ Irazusta, op. cit., pág. 54-55 .

³⁵ Irazusta, op. cit., pág. 49.

³⁶ Irazusta, op. cit., pág. 58.

³⁷ Irazusta, op. cit., pág. 56.

³⁸ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 245.

³⁹ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 237.

que formaría parte⁴⁰. En la visión de Palacio, la historia tendría un rol esencialmente pedagógico de vigorizar una conciencia nacional aletargada⁴¹. En consecuencia, la historia era más que nada una conciencia que justificaba su razón de ser en tanto fomentaba el patriotismo y respondía a las demandas del presente⁴². Estas demandas del presente habrían estado condicionadas no solamente por la presencia de la historia liberal sino también por esa gran porción de argentinos descendientes de inmigrantes escindidos de la memoria nacional. De tal manera, esta historia, mas pedagogía cívica que ciencia social, debía ser instrumentalizada para las masas y no para las elites argentinas⁴³. En cuanto a la historia liberal, en la visión de Ernesto Palacio, no sólo está escrita en el periodo post Caseros, sino que habría sido elaborada como una justificación de las políticas de las oligarquías que buscaban, a través de la entrega económica y cultural al extranjero, la implantación de una civilización ajena al sentir nacional. La crisis mundial de 1930 era vista como la prueba del fracaso de los valores liberales tales como el progreso material, el liberalismo económico y el pacifismo sentimental⁴⁴.

En su *Historia de la Argentina 1515-1943*, la primera mención importante de Roca surge en el contexto de la presidencia de Avellaneda y en su ascenso al Ministerio de Guerra tras la muerte de Adolfo Alsina. Esta nueva posición le permitiría llevar adelante su plan para avanzar en la Patagonia que, a los ojos del autor, consistiría simplemente en una reproducción de la antigua política del ex gobernador de Buenos Aires Juan Manuel De Rosas de llevar adelante un arrebato definitivo de las tierras en cuestión a las tribus que las ocupaban⁴⁵. La Campaña del Desierto es vista por Palacio como la solución a un flagelo que debía ser eliminado y que hasta entonces parecía irresoluble, debido a fantasmas tanto internos como externos. En el plano interno, el autor destaca que el adelantamiento de la frontera bajo Alsina había desencadenado una lucha casi constante contra los aborígenes. En el plano externo, Palacio sostiene que un avance a fondo en la Patagonia podía desencadenar una fuerte reacción chilena cuyas operaciones en la región se realizaban a través de las tribus nómadas que respondían en buena medida a las directivas de Santiago. En consecuencia, el autor elogia el sentido de la oportunidad

⁴⁰ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 240.

⁴¹ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 245.

⁴² Stortini, op. cit., pág. 166.

⁴³ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 245-246 .

⁴⁴ Stortini, op. cit., pág. 158.

⁴⁵ Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina 1515-1943*, Argentina A. Peña Lillo 1974 pág. 249.

que habría tenido Roca en haber decidido llevar adelante la campaña mientras Chile se encontraba comprometido aun en la Guerra del Pacífico, obteniendo de esta manera un triunfo estratégico sobre el país transandino⁴⁶. En el análisis anteriormente mencionado, debe ser considerado un punto de coincidencia con y no de reformulación de la visión mitrista por parte de Palacio: la defensa de las raíces europeas de la civilización argentina (más exclusivamente hispánicas en el caso de Palacio) que no admitía la incorporación de las poblaciones indígenas en el imaginario fundador del país⁴⁷.

En los laureles cosechados en la exitosa conquista, Palacio ve uno de los principales pilares que le permitieron competir por las elecciones presidenciales del año 1880, a pesar del hecho de adolecer de un partido propio. Entre las razones que explican esa victoria electoral se encuentran en la sospecha difundida de que contaba con el aval presidencial y el hecho de que contaba con el apoyo de los altos mandos del ejército y de las situaciones gubernativas del interior⁴⁸. En referencia a este último factor, comúnmente denominado ‘liga de gobernadores’, el texto los presenta como gobiernos provinciales que, tras el aplastamiento federal post-Pavón, intentaban asegurar su subsistencia a través de una subordinación cada vez mayor a la Presidencia Nacional. En este sentido, la sospecha de que Roca contase con el aval de Avellaneda hubiera sido motivo suficiente para respaldar su candidatura⁴⁹.

Al resolverse la crisis del ’80 con la derrota de Buenos Aires y la llegada de Roca al poder, el autor considera solucionados dos problemas que cataloga de fundamentales para la nación argentina: el de las tribus patagónicas y la cuestión de la capital. Además, hace un balance positivo de su política económica para resolver la crisis heredada de Avellaneda, a pesar de considerar las medidas adoptadas como un mal menor⁵⁰.

En su apreciación del personaje, Palacio lo define a Roca como un hombre poseedor de una fina inteligencia y considerables dotes de mando aunque no por ello un individuo excepcional ni un gran estadista. La virtud más notable y en la cual encuentra el principal

⁴⁶ Palacio, op. cit., pág.250.

⁴⁷ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 246.

⁴⁸ Palacio, op. cit., pág. 251.

⁴⁹ Palacio, op. cit., pág. 252.

⁵⁰ Palacio, op. cit., pág. 261.

motivo de lo destacado de su carrera, sería el hecho de haberse visto favorecido una y otra vez a lo largo de los años por las vicisitudes de la Fortuna que lo colocaron en una posición privilegiada en el escenario nacional que, por gracia de sus propios talentos políticos, fue capaz de mantener. El aura fortuita que lo rodearía incluiría un escenario internacional favorable que el autor considera propicio para haber consolidado una industria nacional, una tendencia iniciada por el gobierno anterior. Sin embargo, a causa de lo que Palacio identifica como una falta de fe en el propio país, Roca no perseguiría este objetivo, desechando la oportunidad de constituirse como un libertador de la patria para, en su lugar, convertirse en su entregador y corruptor, perfeccionando un modelo nacional de factoría⁵¹.

El gabinete del primer gobierno de Roca tampoco le genera al autor un particular aprecio al considerarlo un gabinete de hombres de segundo plano político, a excepción de Bernardo de Irigoyen en el Ministerio de Relaciones Exteriores y de Benjamín Victorica en el de Guerra. A pesar de ello, el gabinete serviría para tratar lo que el texto considera las dos grandes cuestiones de esta presidencia: la finalización de la conquista patagónica y los problemas limítrofes con Chile⁵².

Palacio además adjudica a la resistencia de Roca el fracaso de las tentativas de unificación del partido autonomista en base al sufragio popular, debido a la preferencia del primero por una libre ejecución de su plan político en detrimento de un partido político organizado⁵³. De esta manera, el régimen impondría una parálisis de la actividad política que quedaría reservado solamente para el presidente⁵⁴. En esto el autor encuentra la explicación del progresivo alejamiento de cuadros herederos de la tradición federal del roquismo, al tiempo que éste pasaría a gobernar con las coordenadas mentales del mitrismo al que había derrotado. Si bien en ello encuentra su explicación lo que Palacio identifica como la “extraña condescendencia” que Mitre siempre habría de sentir por Roca, el autor hace una salvedad importante en la ideología de ambos personajes: mientras que en Mitre aún se hallarían viejas influencias románticas, en la generación más joven de Roca éstas se verían olvidadas y

⁵¹ Palacio, op. cit., pág. 262.

⁵² Palacio, op. cit., pág. 263.

⁵³ Palacio, op. cit., pág. 266.

⁵⁴ Palacio, op. cit., pág. 268.

reemplazadas por un positivismo ideológico y escepticismo moral⁵⁵. El conjunto de los elementos anteriormente señalados serían los que constituirían lo que Palacio denomina como el “unicato roquista”⁵⁶.

En cuanto al gobierno de su sucesor y concañado Miguel Juárez Celman, Palacio lo considera una consecuencia del poder casi ilimitado otorgado de manera automática por el funcionamiento del mecanismo presidencial ideado por Roca⁵⁷. Al decantar finalmente el gobierno de Juárez en la Revolución del '90, Roca vería en él a una suerte de chivo expiatorio cuyo sacrificio habría de purgar las culpas colectivas del régimen⁵⁸. El posterior pacto Roca-Mitre es interpretado como un triunfo roquista sobre la oposición al régimen además de una consecuencia lógica al no ver el autor entre los dos hombres ninguna diferencia de fondo y al considerar a Roca como el heredero espiritual directo de Mitre⁵⁹.

El retorno de Roca a la presidencia de la Nación en 1898 se vería favorecido, según Palacio, tanto por factores internos (principalmente el aplastamiento de rebeliones radicales en el cual había desempeñado un rol protagónico), factores externos (el reanudado conflicto limítrofe con Chile favorecerían la candidatura de un militar de carrera y experimentado comandante como él) y, nuevamente, por gracia de la suerte: el año 1896 trajo consigo la muerte de dos fuertes figuras opositoras: Leandro Alem y Aristóbulo del Valle. De esta manera, y con cierto paralelismo con la muerte de Alsina a fines de 1877, Roca volvería a ocupar el sillón de Rivadavia⁶⁰.

La segunda presidencia de Roca, en la visión del autor, se llevaría adelante bajo los mismos ejes ideológicos que la primera y en condiciones igualmente favorables, mientras que las reformas educativas iniciadas en su primer gobierno culminaban un proceso de ruptura con la tradición hispánica y nacional⁶¹. El problema central que lo acecharía sería el conflicto con Chile que derivaría en un entendimiento con el país vecino hacia 1899 y acabaría por decantar en un

⁵⁵ Palacio, op. cit., pág. 266-267.

⁵⁶ Palacio, op. cit., pág. 266.

⁵⁷ Palacio, op. cit., pág. 270.

⁵⁸ Palacio, op. cit., pág. 278-279.

⁵⁹ Palacio, op. cit., pág. 285-286.

⁶⁰ Palacio, op. cit., pág. 297-298.

⁶¹ Palacio, op. cit., pág. 302.

régimen de “paz armada”⁶². Este entendimiento finalmente derivaría en los así llamados “pactos de Mayo”, firmados en 1902 que, según Palacio, si bien sirvieron para evitar la guerra, disminuirían la personalidad internacional argentina. A esto se le agregaría una degradación de la relación de fuerzas de la nación respecto a Brasil, con quien ya habría resuelto un conflicto limítrofe a través de un laudo arbitral estadounidense en perjuicio de la Argentina en 1895 y rectificado con un tratado en 1898⁶³. Todas estas políticas “pacifistas” serían, de acuerdo al autor, una continuidad de las políticas mitristas que ya habían perdido el Chaco paraguayo y una “confesión del destino colonial” que sostenía el régimen a través de una renuncia a la política internacional que intentaba atenuar con declaraciones “líricas” tales como la doctrina Drago⁶⁴.

Si bien el autor hace mención al hecho del acogimiento positivo por parte del régimen a los recientemente surgidos sectores socialistas (ejemplificado por los cargos otorgados por Roca a cuadros tales como Leopoldo Lugones) relativiza su importancia concreta. Un ejemplo de esto es el proyecto de Código de Trabajo de Joaquín V. González, enviado a las Cámaras pero jamás tratado. Palacio interpreta a esto como una jugada política cuyo énfasis estaba puesto de antemano en el “gesto progresista” más que en una intención real⁶⁵.

Hacia el final de su segundo término y luego de su ruptura definitiva con Pellegrini tras la fallida unificación de la deuda en 1901, los esfuerzos de Roca se encontrarían, según Palacio, básicamente dirigidos a agitar los fantasmas revolucionarios en función de ordenar a distintas figuras oficialistas anarquizadas y, en caso de demostrarse incapaz de imponer un sucesor, al menos evitar una segunda presidencia de Pellegrini⁶⁶. Finalmente, esta situación se sintetizaría en la presidencia de Manuel Quintana quien, de acuerdo con el autor, lejos de combatir a los elementos del roquismo que había jurado liquidar, lo adoptaría a Roca como consejero habitual y se apoyaría en las situaciones provinciales heredadas de éste⁶⁷.

⁶² Palacio, op. cit., pág. 302-303.

⁶³ Rapoport, Mario, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Ariel, 2006, pág. 38.

⁶⁴ Palacio, op. cit., pág. 304-306.

⁶⁵ Palacio, op. cit., pág. 313.

⁶⁶ Palacio, op. cit., pág. 308.

⁶⁷ Palacio, op. cit., pág. 314.

Capítulo III: José María Rosa

José María Rosa, abogado de formación como Palacio y también perteneciente a una familia tradicional aunque no antigua, emergería en la década de 1940 publicando en *la Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas*, tras haber recorrido un itinerario ideológico que lo habría conducido desde la democracia progresista al conservadurismo para desembocar finalmente en el nacionalismo⁶⁸. Su afinidad por la sociología y la etnografía francesas le aportaría un cierto armazón conceptual y lo llevaría a entender a la nación como “la sociedad hecha culto religioso” y a la historia como la evolución de la sociedad en el tiempo, favoreciendo a los fenómenos colectivos y en detrimento de las grandes figuras individuales⁶⁹. La visión general de Rosa es la de un país que pierde su independencia económica, primero a cambio de independencia política y luego por las desacertadas políticas de dirigentes que, siendo víctimas de una ideología abstracta y europeísta, consciente o inconscientemente defenderían los intereses imperiales británicos⁷⁰. Esta dependencia, se vería además reforzada en buena medida por la ausencia de industrias de importancia⁷¹. A pesar de ello, las decisiones de las grandes facciones argentinas se explicaban más por sus concepciones político-ideológicas que por los imperativos materiales y sociales dictados por la realidad del país⁷². En el viraje posterior que sufre esta corriente historiográfica tras el golpe de 1955 (por el cual no solamente adopta un carácter explícitamente más peronista sino que además se ve progresivamente más influido ideológicamente por la izquierda), el único de los protagonistas de la vieja guardia revisionista en acompañar este cambio sería Rosa, quien comenzó a incorporar a sus escritos vocabulario marxista⁷³.

En cuanto concierne a la figura de Roca, Rosa comienza destacando la influencia de la formación clásica de Roca en su proyecto de conquista patagónica como una manera de acumular gloria antes de lanzarse a disputar un lugar en los cargos más altos de gobierno⁷⁴. Tras hacer un extenso recuento de la evolución de las relaciones entre la Argentina y los pueblos pre-

⁶⁸ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 254-255.

⁶⁹ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 256-257.

⁷⁰ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 259.

⁷¹ Stortini, op. cit., pág. 184.

⁷² Stortini, op. cit., pág. 165.

⁷³ Halperín Donghi, op. cit., pág.35.

⁷⁴ Rosa, José María *Historia Argentina. Tomo VIII (1878-1895)* Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970, pág. 9.

colombinos patagónicos, el autor finalmente describe la estrategia de Roca como una revalorización de la antigua idea de Rosas acerca de la necesidad de la toma por parte del Estado del “camino de los chilenos” a través de una expedición a la confluencia del Limay y Neuquén. Este plan de elaboración en contraposición a la “zanja de Alsina” que se habría demostrado ineficiente, a pesar de la menor presencia de guerreros patagónicos tras los exterminios de Sauce y Paraguil⁷⁵. A pesar de la menor amenaza que suponían las tribus a finales de la década del '70 presentes en la Patagonia, el texto justifica la necesidad de la expedición roquista en función de prevenir tanto futuras migraciones araucanas provenientes del lado occidental de los Andes como de una posible ocupación chilena, similar a la que ya había ocurrido en el estrecho de Magallanes⁷⁶. A pesar del éxito de la campaña de Roca, el caso del malón a Púan en 1881 es presentado como evidencia de que la conquista no había exterminado o desplazado a la totalidad de las tribus guerreras⁷⁷. La cuestión de los pueblos originarios es ligada también al tema del gauchaje federal al fundir el autor a los dos conceptos en lo que denomina como una masacre continua de criollos que se extiende desde la batalla de Pavón hasta la Conquista del Desierto, categorizada como la página más negra de la historia nacional⁷⁸.

Al respecto de la conclusión fracasada de la revolución mitrista de 1874, Rosa hace mención al rol del Ministro de Guerra Alsina en la liberación de Arredondo por Roca, dejando abierta la posibilidad de servirse del militar uruguayo en un futuro. El otro incidente de la batalla de Santa Rosa que describe el autor es el de una anécdota contada por el que fuera gobernador de Buenos Aires, Carlos D'Amico, en la que Roca habría empleado sus cañones contra los combatientes mitristas en retirada para, según el propio general tucumano, aumentar el número de bajas y de esa manera otorgarle mayor importancia a la batalla⁷⁹.

En cuanto refiere a la posición de Roca frente a las internas provinciales durante la década del setenta, Rosa argumenta que para el futuro presidente no hay federales ni liberales en la defensa de las situaciones provinciales⁸⁰. El autor también toma nota de la manera en la que la

⁷⁵ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 133.

⁷⁶ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 135-136.

⁷⁷ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 144.

⁷⁸ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 161.

⁷⁹ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 11.

⁸⁰ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 12.

buena fortuna habría favorecido la carrera política de Roca, en este caso con dos muertes convenientes a sus intereses políticos en el mismo año 1877: por un lado, la del gobernador electo de Córdoba Clímaco de la Peña, quien sería sucedido primero por su vicegobernador electo, Antonio del Viso, y en 1880 por el conuñado de Roca, Miguel Juárez Celman. Por otro, la muerte de Adolfo Alsina le permite ascender a Roca al Ministerio de Guerra de la Nación⁸¹. Este último suceso sería para el autor un punto clave en la carrera de Roca hacia la presidencia al habilitarle la cooptación del Partido Autonomista del difunto Alsina. No obstante, Rosa describe lo que acabaría por recoger Roca como meramente “el armazón del Partido”; es decir, el apoyo de varias de sus figuras y dirigentes más importantes como Bernardo de Irigoyen, Eugenio Cambaceres y Dardo Rocha, mientras que las masas populares del alsinismo, sintiéndose divorciadas de las oligarquías provinciales que sostenían a Roca, acabarían por desembocar en el campamento tejedorista⁸².

En cuanto concierne al tema de la sublevación porteña del '80, Rosa no ve un enfrentamiento entre una oligarquía comercial portuaria y las elites de las trece provincias del Interior en sintonía con el carácter cerrado y exclusivo que el juego político habría adquirido en la Argentina post Caseros. Por el contrario y a pesar de la voluntad y/o las inclinaciones de sus líderes, Rosa ve, en la defensa de la ciudad, el renacimiento de la efervescencia popular de las clases bajas que, retomando la tradición de las revoluciones de principio de siglo y de las antiguas guerras civiles, volvían a tomar un rol más protagónico, a través de una expresión, en este caso, más localista. En contraposición a ello, el autor identifica la presencia de numerosos representantes del “puerto” entre las huestes del propio Roca⁸³. Esta visión contrasta con la de algunos testimonios contemporáneos de los hechos como el de Arredondo, quien describe a las fuerzas roquistas como “el caudillaje vencido en Pavón”⁸⁴. No obstante, el texto de Rosa insiste en su tesis de la defensa popular de Buenos Aires y es utilizada para entender la derrota de Mitre. De acuerdo con esta teoría, la rendición de Mitre se explica por el temor de éste a la victoria de los rifleros y gauchos que componían sus milicias. El autor traza un paralelismo entre la actitud

⁸¹ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 14.

⁸² Rosa, op. cit., tomo VIII pág.24-25.

⁸³ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 50.

⁸⁴ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 70.

de Mitre en 1880 con la de Urquiza en 1861: según Rosa, ambos líderes habrían cambiado la victoria en derrota y entregado a los suyos⁸⁵.

Respecto de la cuestión del origen de la liga de gobernadores, Rosa la explica como una maniobra de diversos aliados políticos de Roca para contrarrestar la influencia mitrista en el Interior⁸⁶. La descripción anterior se encuentra en sintonía con el retrato que hace al autor de la Generación del 80, que es descripta como el primer grupo educado del liberalismo triunfante, desprovista del romanticismo de sus predecesores, descreída de Mitre tras la Guerra del Paraguay y decepcionada de Sarmiento tras haberlo visto gobernar. Su *modus operandi* sería el de la construcción de una república sin pueblo y de las elecciones sin votantes⁸⁷. Su prioridad sería la de gozar de las riquezas materiales que un modelo mercantil les proveería a expensas de otras posibilidades. Es por ello que Rosa define al gobierno de Roca no como un imperio propio sino como un emporio ajeno⁸⁸. Este modelo se terminaría por afianzar con el reemplazo de a la oligarquía de muchos por el “régimen de uno”, situación que se mantendría con pocas alteraciones bajo Juárez Celman hasta que la crisis del 90 obligaría a darles presencia a las “juntas de notables”⁸⁹.

La así llamada “cuestión religiosa” surgida a partir de la ley de educación 1420 es vista por Rosa como una jugada de la oposición para intentar separar a Roca de sus bases católicas del Interior. Percatándose de la situación, Roca habría maniobrado entre católicos y liberales buscando mantener intactas sus relaciones con ambas partes hasta que la intervención del nuncio papal tiñó de cuestiones de soberanía al debate, lo cual habría obligado a Roca a pronunciarse como laico⁹⁰.

En una nueva alusión al clasicismo, Rosa entiende el triunfo de Juárez Celman como el de la derrota de la oligarquía frente a un cesarismo sin plebe que, como un oxímoron, estaba condenado al derrumbe eventual⁹¹. Sin embargo, al haber levantado Roca una estructura de

⁸⁵ Rosa, op. cit., tomo VIII pág. 87.

⁸⁶ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.16.

⁸⁷ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.176-177.

⁸⁸ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.180.

⁸⁹ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.182-183.

⁹⁰ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.211.

⁹¹ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.229.

alianzas sólo ejercitable desde el poder estatal y sin prestigio popular, éste habría sido desplazado de la escena pública por su conculnado sin grandes dificultades⁹². En la visión del autor, esto se explica por el hecho de que Roca no habría sido un caudillo de grandes reivindicaciones nacionales ni sociales sino meramente un constructor de una gran máquina electoral manejada desde la presidencia que le entregaría a su sucesor Juárez⁹³.

En cuanto refiere al acuerdo Roca-Mitre una vez caído el gobierno de Juárez, es descripto como una maniobra de Roca que, conociendo a Mitre “mejor que los cívicos”, se acercaría a éste en función de romper la unión, mientras que el liberal porteño, ante el fracaso del presidencialismo del unicato, buscaría reinstaurar el único modelo alternativo que conocía y con el cual había gobernado treinta años antes: la vieja oligarquía⁹⁴.

En el marco de la tregua política que significaría el gobierno de Urriburu debido al conflicto con Chile⁹⁵, Roca volvería a emerger como dueño de la mayor parte de las situaciones políticas del Interior⁹⁶. A pesar de ser resistido por la juventud y aun dentro del propio PAN, la crisis con el país vecino (que casi conduce a la guerra en septiembre del 1898) le permitió nuevamente llegar a la presidencia en octubre de ese mismo año. El argumento preponderante para ello habría sido, según el autor, que sería un presidente capaz de evitar la guerra en la medida de lo posible y eventualmente el comandante natural de las fuerzas armadas argentinas en caso de que la paz no fuese posible⁹⁷. La renuncia de Pellegrini a su candidatura habría sido el broche de oro que posibilitó este segundo mandato⁹⁸. Un factor adicional que resalta Rosa es que la ausencia de una opción opositora fuerte habría sido suficiente para contrarrestar la impopularidad del general tucumano⁹⁹. La situación externa tensa es lo que también le habría permitido a Roca tener los cuatro primeros años de su segundo en relativa paz y estabilidad¹⁰⁰.

En el plano externo, si bien los ánimos belicistas fueron aplacados por el Abrazo del

⁹² Rosa, op. cit., tomo VIII pág.223.

⁹³ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.236.

⁹⁴ Rosa, op. cit., tomo VIII pág.317-319.

⁹⁵ Rosa, José María *Historia Argentina Tomo IX (1895-1916)*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970 pág. 13.

⁹⁶ Rosa, op. cit., tomo IX, pág. 18.

⁹⁷ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.33-34.

⁹⁸ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.36.

⁹⁹ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.41.

¹⁰⁰ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.53.

Estrecho entre Roca y su contraparte chileno en Febrero de 1899¹⁰¹, éstos volverían a resurgir con mayor intensidad a fines de 1901. Si bien Rosa reconoce la calidad del ejército chileno de aquel entonces, lo coloca en condiciones similares al argentino que, además de verse favorecido por ferrocarriles estratégicos, materiales de guerra y cantidad de tropas, podría haber contado con Perú y Bolivia como aliados naturales y con un Brasil desentendido de la situación¹⁰². La guerra finalmente sería evitada con la firma de los Pactos de Mayo de mediados de 1902, ante una nación argentina que Rosa describe como consternada ante la actitud del gobierno y la sospecha de la injerencia de intereses extranjeros en el acuerdo final. Según el autor, el acuerdo, construido sobre la base del desentendimiento argentino en las cuestiones del Pacífico no fue tal, sino que, por el contrario, habría sido una abdicación lisa y llana a cualquier política exterior verdadera en Latinoamérica, aplaudida por la prensa mitrista¹⁰³. Para contrarrestar las acusaciones de antiamericanista que le recaían como consecuencia de su política, Roca habría adoptado la postura intransigente frente a la intervención británica-alemana-italiana en Venezuela, que pasaría a conocerse a posteriori como la Doctrina Drago. El autor relativiza, sin embargo, la novedad de la misma al sostener que Juan Manuel de Rosas ya había adoptado una actitud similar frente a Gran Bretaña al firmar la paz en 1849 que, una vez ratificada por los anglosajones, pasaría a conocerse como la Doctrina Palmerston¹⁰⁴.

Según Rosa, la posibilidad de guerra habría prolongado el armisticio político interno hasta 1903¹⁰⁵. En consecuencia, la cuestión de la elección presidencial no tardó en resurgir y Roca, incapaz a esa altura de imponer un candidato propio después de la división del PAN en 1901 (y profundizada al año siguiente), acabaría por aceptar la candidatura de Manuel Quintana en función de evitar que Pellegrini, con quien había roto relaciones definitivamente, llegase a la presidencia¹⁰⁶.

El final de la presidencia de Roca en octubre de 1904 es descripto como una retirada sin elogios debido tanto a su actitud en el plano externo como por las diversas maniobras que había

¹⁰¹ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.57.

¹⁰² Rosa, op. cit., tomo IX, pág.69-70.

¹⁰³ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.72-74.

¹⁰⁴ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.82.

¹⁰⁵ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.88.

¹⁰⁶ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.95.

elaborado durante la última elección¹⁰⁷. Según Rosa, esa república de Roca y Quintana se encontraba ya escindida de la realidad de 1904¹⁰⁸ y antepone la revolución de febrero de 1905 (aunque sostiene que la fecha original, luego postergada, habría sido el 10 de septiembre del año anterior, durante el gobierno de Roca), liderada por Yrigoyen, como evidencia de ello¹⁰⁹. Tras la breve presidencia de Quintana, Figueroa Alcorta llegaría a la presidencia de la nación y bajo la lógica del régimen que el propio Roca había creado en 1880, éste es desplazado por aquel de manera definitiva de la escena pública¹¹⁰.

Capítulo IV: Jorge Abelardo Ramos

Siendo uno de los más notables y prolíficos ensayistas de la izquierda nacional, Jorge Abelardo Ramos fue uno de los representantes más destacados de la vertiente trotskista del revisionismo de izquierda, particularmente de la rama más influida por la obra de autores tales como Liborio Justo y centrada alrededor de la liberación nacional como temática principal¹¹¹. Desde publicaciones tales como *Octubre*, Ramos difundiría una nueva interpretación histórica opuesta tanto a la visión liberal como a las interpretaciones de la izquierda tradicional, consideradas por él como carentes de una genuina comprensión de la realidad nacional y de sus clases oprimidas¹¹². En uno de los volúmenes de su obra más celebre, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, Ramos hace su aporte más notable al tema que concierne a este trabajo al colocar, dentro de su esquema general de la historia argentina como un eterno conflicto entre masas populares y sectores pro imperialistas, a un Julio Roca, desprovisto de connotaciones oligárquicas, junto a figuras tales como Juan Manuel de Rosas e Hipólito Yrigoyen, en la lucha histórica contra las fuerzas del liberalismo contrarrevolucionario¹¹³.

La primera aparición de Julio Argentino Roca en la obra de Ramos se da dentro de una descripción más general y extensa de la conflictiva situación interna del gobierno de Sarmiento. De esta manera, aparece brevemente descripto como un apto, inteligente y políticamente sutil

¹⁰⁷ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.105.

¹⁰⁸ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.110.

¹⁰⁹ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.116.

¹¹⁰ Rosa, op. cit., tomo IX, pág.144-145.

¹¹¹ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 309.

¹¹² Devoto y Pagano, op. cit. pág. 312.

¹¹³ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 312-313 .

militar que empieza a descollar en misiones políticas y militares¹¹⁴. Sin embargo, aquí podemos apreciar una omisión notable de parte del autor al no mencionar la participación, aunque secundaria, del joven oficial en las expediciones represivas del gobierno central (por otro lado, severamente criticadas) contra caudillos populares, tales como el General Ángel Vicente Peñaloza y Felipe Varela.

En cambio, Ramos destaca la participación de Roca en la expedición contra el gobierno provincial de Ricardo López Jordán. El acontecimiento es significativo en la visión del autor ya que sostiene que el aplastamiento de la rebelión jordanista deja huérfanos políticamente a las masas populares que, sin poder expresarse a través de viejos caudillos, pasarán a hacerlo a través de la burguesía provinciana, ya sea en su vertiente militar (encarnada en Roca) o bien en su vertiente intelectual (representada por Avellaneda)¹¹⁵. El posterior vuelco de Adolfo Alsina a la candidatura de Avellaneda, además de servir como base del PAN, será la fusión de este nacionalismo provinciano con los sectores populares y federales bonaerenses¹¹⁶. En esta operación también se encontraban destacadas figuras del alsinismo, como Carlos Pellegrini, que posteriormente serán decisivos en la conformación del roquismo¹¹⁷.

En el texto de Ramos, la figura de Roca vuelve a emerger al tratar el autor el tema de la Campaña del Desierto, plan elaborado por el propio Roca al ser nombrado ministro de Guerra bajo la presidencia de Avellaneda y en reemplazo del difunto Alsina. La estrategia en sí es descripta por el autor como la incorporación de fuentes de enormes de recursos para viejos y nuevos estancieros, a la vez que pone fin al servicio militar en la frontera¹¹⁸. En cuanto al reparto de las tierras adquiridas, Ramos centra la cuestión en el otorgamiento de terrenos a la tropa veterana que se vieron forzados por la necesidad a malvenderlos a especuladores y compañías extranjeras. El autor desmienta la teoría de que este proceso haya conformado a la oligarquía ya que sostiene que ésta existía desde la Ley de Enfiteusis rivadaviana, que fue ampliada bajo Rosas y fue posteriormente legitimada por sucesivos gobiernos.

¹¹⁴ Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*-2da edición, Buenos Aires, Senado de la Nación, 2006, pág. 74.

¹¹⁵ Ramos, op. cit, pág. 87.

¹¹⁶ Ramos, op. cit, pág. 89-90.

¹¹⁷ Ramos, op. cit, pág. 90.

¹¹⁸ Ramos op. cit, pág. 118.

Para comprender mejor este último punto, es necesario remitirnos brevemente a las definiciones que emplea el autor para describir a las elites argentinas. Según las mismas, la oligarquía argentina se limitaría exclusivamente a la elite bonaerense conformada por estancieros, comerciantes y abogados ligados a los intereses mercantiles del puerto. En contraposición a ésta, hallaremos en el Interior al patriciado de familias tradicionales de recursos económicos variables y que profundizarán bajo Roca el proceso iniciado con la Revolución de Mayo, que había logrado reemplazar al Rey por Buenos Aires pero que no había podido reemplazar a Buenos Aires por la Nación. Solo hacia el año 1916, según el autor, el imperialismo logrará finalmente fusionar a ambos en una misma identidad¹¹⁹. Este argumento de Ramos se encuentra específicamente dirigido a la postura que, según este autor, es sostenida por liberales, comunistas, católicos, nacionalistas y mitristas, que ven en Roca a un “jefe de la oligarquía”¹²⁰.

En cuanto a la exterminación de grupos aborígenes, Ramos relativiza la cuestión al considerarla inferior a la del gauchaje federal tanto en volumen absoluto como en la importancia político-económica del procedimiento¹²¹. Por los motivos anteriormente señalados, Ramos ve en la campaña del desierto a un auténtico plan de alcance nacional al incorporar a la soberanía argentina todo el sur patagónico¹²². Sin embargo, para el autor, éste no sería el único proceso encabezado por Roca que tendría tales dimensiones. Con los servicios prestados por el joven oficial al gobierno nacional, el Interior, en la visión del autor, fue capaz de pasar a la ofensiva contra el centralismo porteño al contar con el ejército nacional que pudiera hacerle frente al poderío económico del puerto. Este viraje fue posible debido a la transformación que sufrió el propio Roca al pasar de ser un militar de carrera formado en la lucha contra los montoneros a uno de los principales intérpretes de las provincias que los habían sostenido¹²³. En esto influyó la propia procedencia del interior que le otorgó al futuro presidente un cierto nacionalismo, así como también una visión global de la patria¹²⁴. No sería casual tampoco, sostiene Ramos, el hecho de que el instrumento por excelencia con el cual se llevó a cabo el proceso de unificación haya sido el Ejército Nacional, ya que su soldadesca estaba conformada progresivamente por los

¹¹⁹ Ramos op. cit, pág. 143.

¹²⁰ Ramos, op. cit, pág. 157.

¹²¹ Ramos, op. cit, pág. 112.

¹²² Ramos, op. cit, pág. 121.

¹²³ Ramos, op. cit, pág. 122.

¹²⁴ Ramos, op. cit, pág. 160.

sectores desplazados por los avances modernizantes (como el ferrocarril) y que había desarrollado una conciencia nacional en base a su propia experiencia histórica¹²⁵. A las iniciales fuerzas del roquismo se le deberán sumar la estructura de la burocracia provincial (definida por el autor como federal por tradición, liberal por formación y nacionalista por realidad geográfica) que apoyaría a Roca contra el mitrismo metropolitano,¹²⁶ así como también lo harían los estancieros medianos y grandes que producían para el mercado interno (representados por personalidades tales como Bernardo de Irigoyen)¹²⁷.

Al ir concluyendo el gobierno de Avellaneda y al adoptar Roca un papel protagónico en el escenario político nacional, el joven oficial, en la tesis de Ramos, se volverá la “encarnación misma del poder centralizador del Estado”¹²⁸, opuesto a sectores del alsinismo, al mitrismo y a los “líricos” tejedoristas. Simultáneamente y muerto Alsina, la figura de Roca pasará a ser apoyada por la fracción popular del alsinismo (el mismo Roca sostendrá que tiene sus propios “ribetes de federal”¹²⁹) y por figuras telas como José Hernández, Carlo Guido y Spano y Lucio V. Mansilla que le otorgan mayor prestigio intelectual que el de sus adversarios¹³⁰. En este contexto, la prensa mitrista pasará a catalogar al futuro presidente de “mazorquero, símbolo de barbarie, rodeado de caudillos de chiripá y con aro en la oreja y chupa de tabaco negro”¹³¹. La explicación de estas específicas críticas al mitrismo podrían hallarse en el argumento de Carlos Heras, citado por el autor, quien sostiene que hacia fines de la presidencia de Avellaneda, Roca se configura como un exponente del consciente federal resistente a la hegemonía porteña que se encontraba aguardando revancha desde Pavón¹³². El análisis de Ramos sostiene que este periodo de la historia argentina da lugar a una continuidad esencial pero no formal entre aquellos antiguos caudillos exterminados y una nueva generación que levanta sus banderas. Según el autor, será de allí de donde el gobierno de Roca extraerá su fuerza en el ‘80¹³³.

¹²⁵ Ramos, op. cit, pág. 161.

¹²⁶ Ramos, op. cit, pág. 162.

¹²⁷ Ramos, op. cit, pág. 162.

¹²⁸ Ramos, op. cit, pág. 123.

¹²⁹ Ramos, op. cit, pág. 122.

¹³⁰ Ramos, op. cit, pág. 132.

¹³¹ Ramos, op. cit, pág. 138.

¹³² Ramos, op. cit, pág. 141.

¹³³ Ramos, op. cit, pág. 142.

En cuanto a lo que refiere a la federalización de Buenos Aires Ramos sostiene que este evento, además de ser un paso imprescindible hacia la unidad nacional, evitó la posible creación de un Estado independiente formado a partir de la Provincia Metrópoli¹³⁴, una suerte de “Gibraltar del sur”¹³⁵. El autor hace una especial mención de la oposición a la federalización por parte de Alem y el apoyo a la misma por parte de su sobrino Yrigoyen quien posteriormente se nutrirá del ala popular del roquismo¹³⁶. Esta divergencia será retomada posteriormente para explicar en parte el distanciamiento entre Alem y su sobrino quien, a diferencia del marcado antirroquismo de su tío, ve en Roca a la corriente más nacional y progresista que su tiempo admitía¹³⁷.

Una vez que Roca llega a su presidencia, Ramos sostiene que se desarrolla un proceso de síntesis de las antiguas rivalidades internas de la Argentina, al tiempo que se intenta llevar adelante un proceso de carácter nacional. Un ejemplo de esto es el pedido que hace al Congreso, en 1880, de la publicación de las obras completas de Juan Bautista Alberdi, quien había condenado la guerra del Paraguay¹³⁸. Debido a esto, el autor ve en la generación del '80 a la única “verdaderamente argentina” que, luego de la caída de Rosas, fue capaz de obrar dentro de la unidad nacional creada por Roca¹³⁹. La política económica del gobierno es descrita como la de una postura equidistante entre el modelo agroexportador y uno industrial con un mantenimiento de régimen proteccionista que se aplicó desde la presidencia de Avellaneda hasta la de Quintana¹⁴⁰. En el plano de lo social, la crisis más grave del gobierno se produjo con el clero debido a lo que es visto como una cierta aversión al catolicismo (expresada en medidas tales como la enseñanza laica, el matrimonio civil y los cementerios seculares¹⁴¹) y que derivó en quince años de relaciones interrumpidas con el Vaticano y recién retomadas durante el segundo gobierno roquista¹⁴².

¹³⁴ Ramos, op. cit, pág. 145.

¹³⁵ Ramos, op. cit, pág. 146.

¹³⁶ Ramos, op. cit., pág. 144.

¹³⁷ Ramos, op. cit., pág. 243.

¹³⁸ Ramos, op. cit., pág. 164.

¹³⁹ Ramos, op. cit., pág. 157.

¹⁴⁰ Ramos, op. cit., pág. 262.

¹⁴¹ Ramos, op. cit., pág. 156.

¹⁴² Ramos, op. cit., pág. 174.

Sin embargo, Ramos reconoce rápidamente las limitaciones del proceso. Un ejemplo de esto se puede apreciar en el hecho de que si bien el presidente vuelca cantidades enormes de recursos a provincias desangradas por el mitrismo no logra modificar el modelo exportador “predeterminado por el suelo ubérrimo y la política imperialista”¹⁴³. De acuerdo con la tesis del autor, el principal problema de la ideología nacionalista burguesa de Roca adoleció de una base material suficiente para un desarrollo técnico sustentable. Esto se sintetizó en la presidencia de Juárez Celman, con el consecuente resultado de un dominio semi-colonial y la imposibilidad de fundar un país independiente¹⁴⁴.

El “carácter fatalista” del presidente (mencionado también por Alfredo Terzaga¹⁴⁵) es utilizado por el autor para explicar la aceptación de la candidatura de Juárez Celman, impulsada por los más importantes núcleos del PAN en el interior¹⁴⁶. Si bien Ramos considera a este sucesor como más una víctima del desembarco imperialista que otra cosa, su gobierno es descrito como un claro retroceso con respecto a la presidencia anterior al dirigir al Estado hacia un rol más disminuido y enajenado a la vez que vira la política nacional hacia un espectro más oligárquico y adaptado al capital extranjero. Todos estos fenómenos son entendidos dentro de un marco más general de sustitución del nacionalismo democrático de Roca por un liberalismo económico ruinoso¹⁴⁷.

El resultado de este proceso finalmente se terminó por expresar en la así llamada “Revolución del Parque”, que es interpretada como una contrarrevolución oligárquica provista de aliados de “izquierda” en respuesta a la revolución nacionalista democrática iniciada en el ’80¹⁴⁸. A pesar del hecho de que Roca busca derrotar la unificación de presidente y jefe político inaugurado por Juárez Celman en el denominado unicato¹⁴⁹, apoya a su cuñado y el gobierno es sostenido por la totalidad del ejército nacional¹⁵⁰, al tiempo que Yrigoyen se mantiene

¹⁴³ Ramos, op. cit., pág. 169-170.

¹⁴⁴ Ramos, op. cit., pág. 209.

¹⁴⁵ Terzaga Alfredo, *Historia de Roca, De soldado federal a Presidente de la Republica, Tomo I* Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1974, pág. 16.

¹⁴⁶ Ramos, op. cit., pág. 177.

¹⁴⁷ Ramos, op. cit., pág. 181-183.

¹⁴⁸ Ramos, op. cit., pág. 222.

¹⁴⁹ Ramos, op. cit., pág. 201.

¹⁵⁰ Ramos, op. cit., pág. 223-224.

deliberadamente en un segundo plano¹⁵¹. La renuncia de Juárez Celman y su reemplazo por Pellegrini le otorga mayor predominancia a éste, que es visto por Ramos como el nexo dentro del autonomismo nacional entre Roca y Buenos Aires, mientras que solo una “deformación retrospectiva” fue capaz de identificarlo con “conservadores actuales”¹⁵². En cuanto a la posterior alianza con Mitre, es vista por el autor como una jugada maestra que le quitó a éste la base de los sectores furiosamente antirroquistas sin asegurarle los votos roquistas. Esto produjo el alejamiento de Alem por su marcado antirroquismo que se asimilaba al antimitrismo de Yrigoyen¹⁵³.

En el texto de Ramos, Roca vuelve a adquirir mayor protagonismo al asumir su segunda presidencia en 1898, aunque bajo condiciones muy diferentes a aquellas en las que se encontraba el país dieciocho años antes, al asumir la presidencia por primera vez. El mayor desafío que debió enfrentarse en este segundo periodo fue el de la disgregación de sus antiguas bases sociales frente a las nuevas realidades socioeconómicas que las acercan progresivamente al radicalismo¹⁵⁴. En este contexto, el roquismo va perdiendo su nacionalismo para quedarse en su liberalismo, lo cual lo va volviendo más conservador¹⁵⁵. Sin embargo, el gobierno intentó encontrar nuevas fuentes de dinamismo y, en consecuencia, intentó una búsqueda de apoyo en la generación del 900 y en algunos socialistas¹⁵⁶. En este sentido, la propuesta de la creación del Código de Trabajo a cargo de Joaquín V. González fue un reflejo político de la “cuestión social” y la aparición de los nuevos trabajadores industriales¹⁵⁷. A pesar de ello, el “Liberalismo nacional roquista” se vio progresivamente hundido con la consolidación de la oligarquía¹⁵⁸ y sucesos, tales como la desaparición del Ministro de Instrucción Pública Osvaldo Magnasco (quien infructuosamente intentaría llevar adelante un proyecto de gran escala de creación de

¹⁵¹ Ramos, op. cit., pág. 229.

¹⁵² Ramos, op. cit., pág. 229.

¹⁵³ Ramos, op. cit., pág. 230.

¹⁵⁴ Ramos, op. cit., pág. 232.

¹⁵⁵ Ramos, op. cit., pág. 260-261.

¹⁵⁶ Ramos, op. cit., pág. 275.

¹⁵⁷ Ramos, op. cit., pág. 277.

¹⁵⁸ Ramos, op. cit., pág. 156.

escuelas técnicas, en detrimento de escuelas normales) de la vida pública, son interpretados por el autor como el epitafio de Roca¹⁵⁹.

Según afirma Ramos, la lenta extinción del roquismo se basó principalmente en dos factores. En primer lugar, la caída se debió a la consolidación de una oligarquía pro-imperialista, bajo la presidencia de Quintana. Con este nuevo presidente y sus sucesores, la oligarquía argentina post-roquista estableció su dominio tanto en lo económico como en lo ideológico e histórico¹⁶⁰. En segundo lugar, el fin del roquismo es interpretado como producto de la oleada inmigratoria que conformaría una nueva clase media y llevaría a la modificación de los partidos clásicos¹⁶¹.

A pesar de ello, Roca permanece en la obra de Ramos como una figura clave y progresista en el proceso de unificación nacional y como síntesis entre las guerras civiles y la modernidad; entre el lancero y el hombre culto¹⁶². El autor además remarca que fue el único de su época en poder ostentar el logro de haber completado dos presidencias sin revoluciones ni motines, en las cuales se organizó prácticamente la estructura del Estado, manteniendo una política aduanera proteccionista¹⁶³.

Capítulo V Rodolfo Puiggrós

En cuanto refiere a la veta de la izquierda nacional cuyos orígenes se remontan al Partido Comunista Argentino, se destaca de manera particular Rodolfo Puiggrós. La formación en la entrañas del PCA del autor y la influencia del marxismo en su pensamiento se evidencia en hechos tales como la herencia de la tesis feudal, un esquema de codificación stalinista dentro del esquema más amplio del “etapismo”¹⁶⁴, asociado a la gran propiedad rural, la debilidad del poder central y la anarquía política¹⁶⁵. A este énfasis en el carácter económico como clave interpretativa de la historia, Puiggrós incorporaría a su pensamiento la presencia de formas

¹⁵⁹ Ramos, op. cit., pág. 261.

¹⁶⁰ Ramos, op. cit., pág. 279.

¹⁶¹ Ramos, op. cit., pág. 274-275.

¹⁶² Ramos, op. cit., pág. 256.

¹⁶³ Ramos, op. cit., pág. 171.

¹⁶⁴ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 304.

¹⁶⁵ Devoto y Pagano, op. cit., pag 294.

precapitalistas, mercantiles y relativamente más avanzadas, en países dependientes, a pesar del predominio de relaciones feudales de producción¹⁶⁶. De esta manera, en la visión del autor, la economía decimonónica argentina podía distinguirse de manera dicotómica entre la doméstica y señorial del Interior basada en la mano de obra servil y la acumulativa y comercial de las burguesías litorales que entrarían en estrecha relación con el capital británico¹⁶⁷.

A pesar de la influencia anteriormente mencionada, Puiggrós lleva adelante una ruptura con la izquierda tradicional al rechazar el rescate que ésta hacía de la tradición liberal como fuente de argumentos antifascistas y la reivindicación intrínseca que implicaba la presencia de actores tales como los de la generación del '37 y como los de la generación del '80, entre otros¹⁶⁸. En parte como crítica cerrada a esta línea de la izquierda tradicional, surge a mediados de la década de 1950 la *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, en la que interpreta a la historia argentina a través de un eje basado en la contraposición de nación e imperialismo¹⁶⁹.

En su análisis, Puiggrós aglutina a los gobiernos que surgen desde la caída de Rosas hasta la llegada del yrigoyenismo al poder en 1916 bajo la etiqueta de “programa liberal-burgués de 1853”. Durante el mismo periodo de organización nacional que abarca, el autor le adjudica al mismo el surgimiento de dos problemas centrales que perduran en el tiempo. El primero de estos sería lo que Puiggrós denomina como un “divorcio” entre las necesidades reales y concretas de la sociedad argentina del periodo y las políticas estatales puntuales llevadas a cabo por los gobiernos de turno. Esto encontraría su explicación en la ideología de ese liberalismo finisecular que en función de perseguir la mayor ganancia individual buscaría la libre concurrencia empresaria y la inversión anárquica en el proceso de acumulación de capital. El segundo problema central identificado por el autor sería el divorcio entre la intelectualidad nacional y las masas trabajadoras. Si bien Puiggrós reconoce el impacto que tuvieron las revoluciones de 1830 y 1848 en las mentes de los jóvenes intelectuales argentinos de la época, también destaca cómo

¹⁶⁶ Devoto y Pagano, op. cit., pag 301-302.

¹⁶⁷ Devoto y Pagano, op. cit., pag 303.

¹⁶⁸ Devoto y Pagano, op. cit., pág 299-300.

¹⁶⁹ Devoto y Pagano, op. cit., pág 315.

generaciones posteriores se alejarían de los socialismos utópicos y, luego de 1853, excluirían de su pensamiento cualquier tendencia a la socialización¹⁷⁰.

En cuanto refiere el ascenso de Roca en el escenario político argentino, el autor señala como hecho fundamental la muerte de Adolfo Alsina, que terminó de manera abrupta con los esfuerzos de éste para allanar su camino hacia la presidencia a través de su política de conciliación. Desaparecido el por entonces Ministro de Guerra, Roca que había sido, según el autor, colaborador y ejecutor de sus planes en la campaña del desierto, podía pretender aparecer como su sucesor frente a la opinión pública. En el texto se señala además el hecho de que contaba con la ventaja de ser un hombre del interior que se mantenía ajeno a las complicaciones de las intrigas porteñas. Deben ser consideradas, además, las 20.000 leguas incorporadas al territorio nacional tras la Campaña del Desierto que, según el autor, le otorgaron títulos a Roca que habría sabido valorizar ante terratenientes y comerciantes criollos e inversores extranjeros. Posteriormente, arrebataría la jefatura del Partido Autonomista Nacional de las manos de Sarmiento, quien se demostró incapaz de aglutinar las voluntades de los caudillos provincianos. Este objetivo sería logrado gracias al apoyo de la recientemente creada Liga de Gobernadores, la cual, según el texto, liquidaría los resabios de los antiguos partidos políticos, nivelando la política nacional y dándole libertad a Roca para aplicar el programa político de los grandes terratenientes y del capitalismo extranjero¹⁷¹.

En lo que atañe al tema de la guerra civil del año 1880, el autor ve en el accionar de Roca un “golpe de gracia” a los nacionalistas mitristas y a los autonomistas bonaerenses, unidos bajo la bandera de Carlos Tejedor. Si bien se puede apreciar en este escenario el resurgimiento del antiguo conflicto entre la Provincia de Buenos Aires y la Nación, el texto lo señala como una lucha que pierde sentido tras la federalización de la capital hecha por Avellaneda, superándose de esta manera la principal contradicción nacional desde la Revolución de Mayo. El triunfo de Roca significaría, en esta visión, la unificación de los grandes terratenientes bonaerenses y los

¹⁷⁰ Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamerica ediciones argentinas, 1986, pág. 102-103.

¹⁷¹ Puiggrós, op. cit., pag. 128-129.

caudillos provincianos en una liga de carácter oligárquica y liberal que profundizó la alianza con el capital extranjero¹⁷².

En el ascenso de Roca, facilitado por los dirigentes del interior aglomerados en la Liga de Gobernadores, parecía cumplirse la vieja tesis alberdiana de que la paz social y el orden político sólo se lograría a través de la integración de estos caudillos provincianos a la nueva sociedad¹⁷³, Sin embargo, lo que no previó el teórico decimonónico, según el autor, fue como esa consolidación de 1880, que le permitió al país unirse con las potencias europeas y relacionarse con su vanguardia tecnológica, era una situación que agotaba en ese mismo acto la potencialidad creadora de esa unificación nacional. La expansión capitalista, al adoptar un matiz imperialista en las regiones periféricas del mundo, al tiempo que impulsaba el desarrollo, fijaba e imponía límites al mismo, paradoja que en esta teoría Alberdi se demostraría incapaz de haber predicho. El resultado de esta Republica consolidada, que en lugar de cancelar viejas contradicciones las reemplazaba por nuevas, se constituiría en un Estado centralizado de características, a rasgos generales, similar al México del Porfiriato aunque con una base más democrática¹⁷⁴. De esta manera, el federalismo sería conducido de manera oligárquica y al asociarse las distintas oligarquías regionales terminarían en una síntesis de un gobierno básicamente unitario¹⁷⁵. Ayudado por la ola de prosperidad posterior al '80, Roca lograría mantener al mínimo la constitución de un frente opositor que sólo frente a la amenaza absolutista del unicato juarista lograría una forma más concreta de acción¹⁷⁶.

En cuanto a lo que refiere al tema de la sucesión, Puiggrós no hace mención a la ruptura de Juárez Celman con su concuñado sino, por el contrario, ve en la sucesión presidencial a una perfecta continuidad que “llevaría hasta las últimas consecuencias” las políticas iniciadas por Roca¹⁷⁷. De esta manera el autor habla de una oligarquía roqui-juarista cuyas características diferenciales radicaban en su alianza con los grandes terratenientes y con el capital extranjero y no en su carácter liberal. Este último punto se debe a que Puiggrós identifica al liberalismo como

¹⁷² Puiggrós, op. cit., pág. 129-130.

¹⁷³ Puiggrós, op. cit., pág. 132.

¹⁷⁴ Puiggrós, op. cit., pag. 133.

¹⁷⁵ Puiggrós, op. cit., pág. 142.

¹⁷⁶ Puiggrós, op. cit., pag.135.

¹⁷⁷ Puiggrós, op. cit., pag.137.

el factor común que se hallaba presente en las concepciones filosóficas, políticas y económicas tanto de oficialistas como de opositores¹⁷⁸. En este mismo sentido, el texto relativiza opiniones que pudiesen calificar las políticas de Roca y Juárez Celman (como la educación laica, por ejemplo) de un anticlericalismo consecuente¹⁷⁹.

Más allá de las continuidades señaladas, el autor ve en el gobierno juarista la mayor de las experiencias oligárquicas en la Argentina, cuya exageración de su poder político socavó el equilibrio en el que se sustentaba la legitimidad de esa misma clase¹⁸⁰. El creciente malestar por las políticas juaristas acabaron por resultarle insostenible tanto al capital extranjero como a la oligarquía nacional que optaron por sustraerle el apoyo que hasta el momento le brindaban al gobierno, durante la Revolución del '90. Es en este realineamiento de las fuerzas políticas dominantes donde el autor halla la explicación del fracaso de dicho levantamiento y el triunfo de la política de conciliación llevada adelante por Roca¹⁸¹. En esta interpretación, el acercamiento de Roca a Mitre, el ala oligárquica de la Unión Cívica, significó una unificación de esta clase que se encontraba dividida desde el '80 y el desvío de los orígenes populares de la Revolución del '90 hacia los designios oligárquicos¹⁸². El objetivo de fondo que, según el texto, sustentaba esta alianza era el impedir, por un lado, la movilización popular y, por otro, el acceso de la incipiente burguesía y pequeña burguesía a las funciones públicas¹⁸³.

Sin embargo, diferente sería la actitud de las clases dominantes para con aquellos sectores que reconocían la primacía cultural de la oligarquía y que fuesen capaces de debatir acerca de transformaciones dentro de un mismo marco de legalidad que no alteraran los intereses sustanciales sobre los que se mantenía el status quo. A partir de ello es de donde el texto explica los entendimientos posteriores que tendrían estos sectores con algunos cuadros socialistas de la época¹⁸⁴.

¹⁷⁸ Puiggrós, op. cit., pág. 136.

¹⁷⁹ Puiggrós, op. cit., pág. 137.

¹⁸⁰ Puiggrós, op. cit., pág. 143.

¹⁸¹ Puiggrós, op. cit., pag.146-147.

¹⁸² Puiggrós, op. cit., pag.150.

¹⁸³ Puiggrós, op. cit., pag.154-155.

¹⁸⁴ Puiggrós, op. cit., pag.156.

En su texto, Puiggrós realiza una crítica directa y explícita a la visión que elabora Jorge Abelardo Ramos en su *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* sobre Roca. Según el autor, la tesis liberal y conservadora de Ramos, calificada de infunda, mecanicista y superficial, contiene cuatro errores fundamentales. En primer lugar, el autor no considera a los gobernadores provinciales como los herederos de los antiguos caudillos alzados en armas contra la hegemonía político-comercial de la ciudad-puerto de Buenos Aires y sostiene que Ramos pasó por alto el proceso de amansamiento que sufrieron las elites del interior, iniciada con Rosas, continuada por Mitre y culminada por Roca, por la cual pasarían a ser instrumentos dóciles y asociados a los intereses oligárquicos de Buenos Aires. En segundo lugar, Puiggrós afirma que en la política de Roca no es posible hallar un solo acto discernible que lo aleje de un liberalismo en estado puro, al servicio de las inversiones extranjeras. En tercer lugar, a diferencia de Ramos, el texto ve en la Conquista del Desierto a la finalización de la tierra libre en la Argentina y en consecuencia la consolidación de la oligarquía terrateniente y las inversiones extranjeras a través del perfeccionamiento de la renta absoluta. Finalmente, al calificar Ramos de contrarrevolución al levantamiento del año '90, Puiggrós sostiene que niega el papel de las masas en la historia nacional y, por el contrario, afirma el de las minorías selectas y cipayas¹⁸⁵.

Capítulo VI: Arturo Jauretche

Como representante de la veta peronista del revisionismo de izquierda, hemos seleccionado a Arturo Jauretche. No obstante, antes de adentrarnos en el tema, debemos hacer una breve caracterización del peronismo de izquierda con los lineamientos trazados por Omar Acha en su *Historia crítica de la historiografía argentina*.

A diferencia de otros autores que hemos citado en este trabajo, Acha establece una distinción entre la izquierda nacional y el peronismo de izquierda basándose en la relación que cada uno establece entre el movimiento peronista y la organización política de la clase obrera. Diferenciándose de la centralidad irremplazable del movimiento peronista para el peronismo de izquierda, para la izquierda nacional su adhesión circunstancial al mismo no eliminaría la necesidad de construcción de un partido independiente, lo cual a su vez conduciría a divergencias interpretativas como, por ejemplo, respecto del rol del líder en las luchas

¹⁸⁵ Puiggrós, op. cit., pág.156-157

populares¹⁸⁶. La izquierda nacional se definiría como la política de izquierda que suscribe a las alianzas nacional-populares y antiimperialistas surgidas con la aparición del peronismo, al cual apoyan por su promoción de transformaciones progresivas (como la industrialización y la participación de la clase obrera) a la vez que critica a lo que ve como la izquierda antinacional, abstracta y principista¹⁸⁷. La izquierda peronista por su parte, vería en el marxismo un arma ideológica, carente de una primacía teórica indiscutible, mientras abjura de la política de clase, a pesar de su apoyo en la masa obrera. Esta última, sector del pueblo considerado más coherente con la liberación nacional sería, al igual que el marxismo, aliada en la construcción de un proyecto cuya frontera última sería el socialismo nacional (compatible con las relaciones de producción capitalistas) y cuyo vértice simbólico-imaginario sería, eternamente, el General Perón¹⁸⁸. En consecuencia, el peronismo de izquierda adoptaría los motivos historiográficos revisionistas en función de argumentar la manera en la que la disputa peronistas/antiperonistas se inserta dentro de una divisoria político-ideológica tangencial a toda la historia nacional¹⁸⁹.

Existiría también una similitud entre Jauretche y Rosa ya que ambos, en tanto pensadores cuya pertenencia cultural más profunda deriva del movimiento nacionalista, mantendrían una relativa persistencia en sus puntos de vista a lo largo del tiempo, encontrándose menos expuestos a giros conceptuales producto de acontecimientos puntuales que otros intelectuales más cercanos a la izquierda, como habría ocurrido en 1955. A pesar de reconocerse como perteneciente a las “corrientes revisionistas de izquierda”, Jauretche no habría abandonado su nacionalismo antiliberal y las coordenadas heredadas de Raúl Scalabrini Ortiz, que se habrían encontrado en el centro de su pensamiento histórico¹⁹⁰.

En el discurso izquierdista, el nacionalismo estaría legitimado principalmente a través de dos dicotomías centrales. En primer lugar, se reivindica un nacionalismo democrático en contraposición a uno oligárquico, identificado con los intelectuales que apoyaban en un primer momento al golpe de Uriburu. En segundo lugar, se plantea una dicotomía alrededor de los

¹⁸⁶ Acha, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pág. 208.

¹⁸⁷ Acha, op. cit., pág. 204.

¹⁸⁸ Acha, op. cit., pág.303-305.

¹⁸⁹ Acha, op. cit., pág.307.

¹⁹⁰ Acha, op. cit., pág.308-309.

objetivos del nacionalismo, en la que se contraponen fines reaccionarios con fines democráticos (esto último entendido como aquello proclive a la voluntad nacional)¹⁹¹. En este sentido, Roca estaría incluido en este “nacionalismo democrático” de manera exitosa debido a que puede sostenerse en las fuerzas armadas, institución a la cual, por su visión nacional de los asuntos públicos y su demografía proveniente de todas las clases sociales y regiones del país, le sería asignada la tarea de sustituir a una burguesía inepta en el proceso de consolidación nacional¹⁹². Gracias a los aspectos anteriormente señalados, es posible apreciar una mayor consonancia entre un escritor nacionalista democrática como Jauretche y las posturas de Ramos, que entre ellos y los nacionalistas más tradicionales de las décadas de 1930 y 1940¹⁹³.

En cuanto a la visión de Jauretche sobre la así llamada historia oficial, el autor no la considera como una cuestión del campo historiográfico sino como propia del mundo de la política, al argumentar que aquella producción refleja meramente un uso político de la historia, destinada a impedir la formación de una conciencia nacional. Es en la consecuente necesidad de construir un pensamiento político nacional, que aquella impide, donde ve el surgimiento del revisionismo histórico como un resultado inevitable¹⁹⁴. Al referirse a su mentor ideológico, Scalabrini Ortiz (cuyo revisionismo describe en términos de “un arma de combate”¹⁹⁵), considera que, debido al carácter vigoroso, popular y revolucionario de su nacionalismo, fue capaz de cubrir los flancos del revisionismo histórico, al alejarlo de las “añoranzas de una sociedad patriarcal y autoritaria” que le adjudica a algunos de sus autores y convertirlo en un instrumento de liberación nacional¹⁹⁶.

En cuanto se refiere a Roca específicamente, el análisis de Jauretche primero se remonta, brevemente, a los eventos que se desencadenaron en el país tras la caída de Rosas. Es allí donde el autor identifica la instauración de la política de sacrificio del espacio original de la Nación en función del triunfo de preocupaciones de orden ideológico en la Argentina post Caseros, que

¹⁹¹ Acha, op. cit., pág.224.

¹⁹² Acha, op. cit., pág.226.

¹⁹³ Acha, op. cit., pág.217.

¹⁹⁴ Jauretche, Arturo, *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1970, pág.16

¹⁹⁵ Jauretche, op. cit., 1970, pág. 140.

¹⁹⁶ Jauretche, op. cit., 1970, pág.142.

asociaban los problemas del país con su extensión¹⁹⁷. En el resultado de la contienda que culmina con la batalla de Caseros y en las guerras civiles que prontamente le seguirán, el autor identifica un rol faccioso del ejército que lo aleja de su misión de política nacional. Los antecedentes de este proceso se remontarían a la sublevación de las fuerzas vencedoras en Ituzaingó, que desencadenaría una serie de conflictos civiles¹⁹⁸. No obstante, el ejército nacional resurgiría en cierta medida con el gobierno de Rosas y en los conflictos que éste lidera contra diversas fuerzas extranjeras. A pesar del cisma que supuso la derrota rosista en Caseros, esta suerte de ejército nacional lograría subsistir unos años más hasta acabar por extinguirse luego de la batalla de Pavón. Tras la disolución de la Confederación Argentina y el triunfo de las fuerzas porteñas sobre el Interior, las antiguas fuerzas armadas son reemplazadas por un nuevo ejército faccioso conducido por oficiales uruguayos de influencia brasileña bajo las ordenes de Mitre¹⁹⁹.

Las políticas mitristas acabarían por desembocar en la Guerra del Paraguay que es descrita por Jauretche como la secuela fatal de Caseros, provocada por la caída del antemural que significaba la Confederación Argentina para la defensa de los países hispanoamericanos limítrofes del expansionismo imperial brasileño²⁰⁰. Sin embargo, a lo largo del conflicto se va incubando una nueva clase de ejército que, si bien no será capaz aun de desarrollar una verdadera política nacional, al menos se ve impregnado de una firme conciencia de unidad nacional. Los resultados palpables de las coordinadas mentales de este nuevo ejército se podrán observar en la liquidación de las fuerzas mitristas que llevara adelante en la revolución de 1874 y en su victoria sobre la oligarquía porteña en el '80, con la federalización de Buenos Aires²⁰¹.

El concepto de política nacional del ejército sería construido por quien rápidamente emergería como su jefe en la década de 1870, Julio A. Roca²⁰². Las conductas previas del general Tucumano, como su participación en la represión contra caudillos populares como Felipe Varela y Ricardo López Jordán, se explicarían por su carácter de “soldado de disciplina”²⁰³. La

¹⁹⁷ Jauretche, Arturo, *Ejército y Política*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2008, pág.23.

¹⁹⁸ Jauretche, op. cit., 2008, pág. 25.

¹⁹⁹ Jauretche, op. cit., 2008 pág.58.

²⁰⁰ Jauretche, op. cit., 2008 pág.69.

²⁰¹ Jauretche, op. cit., 2008 pág.91.

²⁰² Jauretche, op. cit., 2008 pág.93.

²⁰³ Jauretche, op. cit., 2008 pág.95.

personalidad del militar y dos veces presidente de la Nación es entendida por Jauretche como carente de una teoría nacional de la política y la economía pero que, a pesar de ello, fue capaz de contrabalancear las presiones porteñas y posibilitar algún desarrollo industrial en las economías regionales²⁰⁴. Estas tendencias se empezaban a vislumbrar, a los ojos del autor, ya con la presidencia del co-provinciano de Roca, Nicolás Avellaneda, cuyo ascenso al gobierno nacional significaría el surgimiento de una nueva oligarquía que, en tanto nacional, no podrá mantenerse ajena a los intereses del Interior²⁰⁵.

En cuanto a la Conquista del Desierto, es descrita por el autor como la primera tarea del Ejército Nacional, propiamente dicho, que incorporará la cuestión de la extensión nuevamente al corazón de la política nacional. El peso que adquiere el ejército en la conducción política se explica, a los ojos de Jauretche, por el hecho de que el régimen, como solía ser el caso de gobiernos impopulares, subsistiría por la tolerancia de las fuerzas armadas hacia Roca. En consecuencia, éstas se encontrarían en una posición de imponerle su política nacional, que viene a ser una política de fronteras. Sin embargo, no se llega a constituir una verdadera política nacional ya que para se requería de la presencia del pueblo en el Estado²⁰⁶. Este dato se reflejaría en el modelo agroexportador del cual se muestra crítico al describirlo como un sistema propio de un productor de materias primas del mundo colonial. Relativiza también el carácter nacional de los desarrollos regionales, como viñedos y azúcar, al percibirlos como “concesiones a la defensa industrial” y señalando también que constituyen producciones más enfrentadas a los competidores del Reino Unido que al Imperio en sí mismo²⁰⁷.

A pesar de ello, Jauretche reivindica del segundo gobierno de Roca tanto el informe de Biale Massé sobre las condiciones de trabajo en la nación y el Código de Trabajo de Joaquín V. González, al cual describe como “olvidado y notable”²⁰⁸. Otro rasgo que lo diferencia a Roca de sus predecesores mitristas en la tesis de Jauretche se encuentra en el apoyo (señalado por Ramos) de Hipólito Yrigoyen al general tucumano, en contraposición a la enemistad de su tío, Leandro N. Alem, en lo que refiere a la cuestión acerca de la federalización de Buenos Aires. El autor

²⁰⁴ Jauretche, op. cit., 2008 pág.98.

²⁰⁵ Jauretche, op. cit., 2008 pág.92.

²⁰⁶ Jauretche, op. cit., 2008, pág.99-100.

²⁰⁷ Jauretche, op. cit., 1970, pág.21-22.

²⁰⁸ Jauretche, op. cit., 1970, pág.80.

identifica una coincidencia substancial de Yrigoyen con Roca, fundada en la opción del primero de una política de “patria grande” en contraposición a la “sistematización de lo antinacional que es el mitrismo”²⁰⁹. Estas similitudes tenderían un puente histórico entre ambos personajes y explicarían el testamento político de Roca, expresado por el General Pablo Ricchieri, en el que describe a Yrigoyen como “la gran figura que se perfila en el país, capaz y digna de dirigir su destino”²¹⁰.

Capítulo VII: Juan José Hernández Arregui

Entre los revisionistas de izquierda de origen no marxista, se destaca Juan José Hernández Arregui, cuya formación se remonta al radicalismo yrigoyenista²¹¹. Con un énfasis mayor al de Puiggrós, Hernández Arregui identifica un eje dicotómico de nación/imperialismo en el cual se encuentran, por un lado, las fuerzas antinacionales lideradas por la oligarquía terrateniente y parte significativa de la burguesía, mentalmente colonizada por la primera y, por otro, un nacionalismo revolucionaria de países coloniales (cabalmente opuesto al nacionalismo reaccionario europeo) cuya opresión por parte del imperialismo genera una necesidad de autodeterminación nacional. A través de esta operación, Hernández Arregui busca diferenciarse tanto de la izquierda tradicional, a la cual describe como ajena a la realidad nacional y al nacionalismo tradicional, distanciado de las masas populares²¹².

De la formación filosófica de Hernández Arregui, se desprendería un razonamiento de tipo hegeliano por el cual la reflexión histórica de una época permite a ésta avanzar más allá de sí misma, dentro de un proceso general de autoconocimiento de una sociedad por medio de sus propias contradicciones. En consecuencia, para Hernández Arregui, el hecho de escribir la historia sería en sí mismo un acto político ya que implica intrínsecamente una transformación sobre el concepto de la misma y el saber de la política²¹³. En este sentido puede argumentarse

²⁰⁹ Jauretche, op. cit., 2008, pág.100.

²¹⁰ Jauretche, op. cit., 2008, pág.113.

²¹¹ Devoto y Pagano, op. cit., pág. 318.

²¹² Devoto y Pagano, op. cit., pág. 318-319.

²¹³ Acha, op. cit., pág.318.

que el análisis de Hernández Arregui mantendría numerosos puntos en común con los postulados de la izquierda nacional de Ramos y del nacionalismo popular de Jauretche²¹⁴.

En cuanto al tema más específico de este trabajo, Hernández Arregui ve básicamente en el triunfo de Roca en el último cuarto de Siglo XIX a la síntesis de las contradicciones internas y circunstanciales de una misma clase político-social en proceso de integración, que se expresa con la incorporación de las elites del Interior a la economía de ultramar. Esto no implica un fin del liderazgo de Buenos Aires, la cual bajo el mitrismo habría a la vez obstruido y protegido los intereses de clase del patriciado provinciano, monopolizando las rentas del país mientras que empleaba al Ejército Nacional para aplastar las últimas sublevaciones populares²¹⁵. Esta unificación tampoco significó, en la visión del autor, una modificación de la estructura portuaria del país, que se consolidaba por ese entonces en un sistema geográfica y militarmente centralizado, bajo una única clase vencedora cuyas vetas provinciana y porteña habían sido exitosamente entrelazadas por la política de Roca. Es en este sentido, habiendo superado a las políticas de Mitre, limitadas por el porteñismo y sus crímenes, que Hernández Arregui define a Roca como “el más porteño de todos los gobernantes de la oligarquía argentina”²¹⁶.

La política llevada a cabo por Roca durante su primera presidencia es descripta como un proceso de reconfiguración corruptora del Interior y de amoldamiento de éste al poderío porteño. Debido a ello, el autor advierte que no por ello se debería confundir la política de un presidente del Interior con una política nacional. Las consecuencias de este accionar se verían plasmadas según Hernández Arregui en la Revolución del '90, la cual habría sido conducida contra Roca, su clase y su política antinacional llevada adelante por su despotismo civil que convertía en totalmente poderosa a la preponderancia británica sobre Argentina²¹⁷.

De esta manera, la misión de Roca sería vista como la culminación del proceso de acumulación primitiva del capital, llevado adelante a través del poder centralizado de Buenos Aires que, cubierto de un manto nacional aunque no nacionalista, conduciría al país en los hechos a pesar de haber sido federalizada en las formas. La campaña del desierto sería percibida

²¹⁴ Acha, op. cit., pág.316.

²¹⁵ Hernández Arregui, Juan José, *Nacionalismo y Liberación*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1969, pág. 145.

²¹⁶ Hernández Arregui, op. cit., 1969 pag. 145.

²¹⁷ Hernández Arregui, op. cit., 1969 pág. 146-147.

como parte de este proceso de acumulación al haber sido expropiadas las tierras de la Pampa Central y de la Patagonia a las tribus que la habitaban para pasar a manos privadas²¹⁸. Es en este sentido en el cual el autor ve en Roca no la antítesis nacional de Mitre, sino su superación oligárquica²¹⁹.

En otro de sus libros, *La formación de la conciencia nacional*, Hernández Arregui debate de manera directa con la tesis de Jorge Abelardo Ramos sobre Roca. La tesis de Ramos, calificada como “algo estrepitosa”, en la cual Roca, personificación del federalismo popular, cumpliría el rol de formula transaccional entre el país y la ciudad-puerto obligada a conceder parte de su hegemonía frente al peso político-militar de las provincias, es considerada como algo débil. Si bien Hernández Arregui reconoce en Roca a la tendencia más argentina dentro de la oligarquía en formación, por otro lado, critica a la tesis de Ramos al considerarla más basada en un curso potencial e hipotético que pudo haber tomado sus gobiernos de no haberse visto limitado por las condiciones objetivas del momento más que en los resultados políticos concretos de los mismos²²⁰.

Hernández Arregui sostiene en cambio que, a pesar de la línea progresista que representaba en el orden ideológico, la política nacional de Roca derivó en que la oligarquía portuaria, a la cual había derrotado en términos político-militares, heredase un país más vasto. Debido a ello, la unificación del mismo conducida por Roca habría permitido la explotación “oligárquico-imperialista” y a extenderse a escala nacional aunque habiendo generada una consecuencia que el autor cataloga tanto de “inesperada” como “positiva”: las políticas de Roca también habrían sentado las bases para la lucha de liberación que también se emprendería en escala nacional. De esta manera, Hernández Arregui sostiene cómo la sustentación nacional y popular del roquismo acabaría por mutar y evolucionar, tiempo más tarde, en movimientos populares tales como el yrigoyenismo y el peronismo, aunque con un sentido nacional enteramente diferente y a pesar del hecho de que el propio Roca habría sido absorbido por la

²¹⁸ Hernández Arregui, op. cit., 1969 pag.148.

²¹⁹ Hernández Arregui, op. cit., 1969 pag.149.

²²⁰ Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pág. 480.

oligarquía y que jamás habría dejado de ser su representante. El acuerdo de Roca y Mitre en la década del noventa será visto como prueba de esta conclusión²²¹.

Capítulo VIII: Alfredo Terzaga

Este autor de origen cordobés y de temprana influencia marxista, se estructura su trabajo a partir de 1940 con el teórico trotskista antinacional Héctor Raurich, cuyas enseñanzas tiempo después abandona²²². Más tarde, Terzaga acompañará críticamente al gobierno de Perón, afiliándose al partido oficialista, sin ser ideológicamente peronista. Este gesto no resulta particularmente excepcional al considerarse que dos corrientes de la naciente Izquierda Nacional –el grupo “Frente Obrero” de Aurelio Narvaja y el grupo “Octubre” de Ramos- habían brindado su apoyo al peronismo. A pesar de ello y manteniendo su independencia teórica, Terzaga funda en 1947 la revista *Crisis*²²³. Debido a su larga relación con Ramos y a través de éste, Terzaga se liga aún más estrechamente a la militancia de la izquierda nacional y al PSIN (Partido Socialista de la Izquierda Nacional), en la década de 1960²²⁴. Después del golpe de estado de Juan Carlos Onganía en 1966, este autor comienza a interesarse cada vez más en la época del roquismo y comienza el extenso trabajo encaminado a la elaboración de una biografía del general tucumano²²⁵. Además de ser, probablemente, la producción más extensa y específica sobre Roca del revisionismo histórico, el texto tiene además la peculiaridad de adentrarse en la geopolítica, permitida por la visión dialéctica que el materialismo histórico le proporciona a la visión de Terzaga. Lastimosamente, la obra de Terzaga quedaría inconclusa al fallecer en 1974, al igual que Jauretche, Hernández Arregui y el General. Perón²²⁶.

Terzaga realiza un recuento de las complejas relaciones familiares de Roca, en particular de su línea materna, los Paz. En el mismo, se destaca a Juan Bautista de Paz Concebat y Figueroa, presidente del Cabildo tucumano de 1810 y amigo del caudillo federal Alejandro Heredia, y de sus hijos, Gregorio, general de Rosas y Marcos, quien sufriría una “conversión de

²²¹ Hernández Arregui, op. cit., 1973, pág. 481.

²²² Ferrero, Roberto A., “Alfredo Terzaga, Biografía Mínima” en *Patria Grande _ Revista mensual de la Izquierda Nacional-Tercera Época*—Año 3, Número 29 Mes: Agosto, Córdoba, Ediciones del CEPEN, 2010, pág. 5.

²²³ Ferrero, op. cit., pág. 6-7.

²²⁴ Ferrero, op. cit., pág.12.

²²⁵ Ferrero, op. cit., pág.14.

²²⁶ Ferrero, op. cit., pág.16.

federal tucumano a rosista bonaerense” antes de desembocar finalmente en vicepresidente de Mitre²²⁷. Este recuento es utilizado por Terzaga para argumentar el carácter federal de la familia Paz a la cual se integraría el “unitario” (las comillas son del autor) José Segundo Roca al contraer matrimonio con Agustina Paz²²⁸.

En su narración acerca de la vida del padre del futuro presidente, Terzaga se detiene especialmente en el episodio del desplazamiento del traslado de José Segundo hacia fines de la década de 1830 a la provincia de Buenos Aires. Sobre este punto, el autor rebate la afirmación de Leopoldo Lugones en su *Historia de Roca* que califica el destino de Roca padre en Buenos Aires como “confinamiento” o “prisión”. Según Terzaga, esto constituye un mito, que sostiene que fue la voluntad del gobernador de Buenos Aires la principal causa de la salida de Roca de Tucumán. Por el contrario, el autor liga la relocalización de Roca padre a Buenos Aires más bien al asesinato de su protector Alejandro Heredia en noviembre de 1838 y presenta el nacimiento de algunos de los hijos de Roca, como Celedonio y Marcos, por esos años como muestra de la falta de rigor impuesto por el supuesto “destierro” (este argumento se vería reforzado por el hecho de que Tucumán pasaría rápidamente a manos del bando liberal opositor a Heredia que acabaría por integrar a la provincia a la alianza antirrosista conocida como la Coalición del Norte en 1840²²⁹). En función de ilustrar la relación de José Segundo con Rosas, el autor cita una carta del primero a su cuñado Gregorio Paz de enero de 1843 en la que no solo hace referencia al gobernador como “nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes” sino que además hace muestras de su devoción al mismo, afirmando su voluntad de combatir al Gral. Ángel Vicente Peñaloza, al cual se refiere como el “salvaje unitario Chacho”²³⁰.

En la visión del autor, la argentina post-Caseros estaría marcada por el enfrentamiento del interior, federal por naturaleza a pesar militancias ocasionales en el bando “unitario” (comillas del autor), en oposición a la provincia de Buenos Aires que continuaría siendo, en su esencia, unitaria. Los provincianos, en consecuencia, se alinearían detrás del caudillo entrerriano Justo José de Urquiza, al ver en él la oportunidad de llevar a cabo el postergado programa federal. En

²²⁷ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.18.

²²⁸ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.23.

²²⁹ Rosa, José María, *Historia Argentina Tomo IV (1826-1841)*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970, pág.360-362

²³⁰ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.30-31.

este esquema, José segundo vería ligados a la Confederación la causa de su provincia y el destino de sus hijos. En base a ello, Terzaga encuentra la explicación del envío de tres de los hijos (entre los que se destaca Julio Argentino) de José Segundo al Colegio de Concepción del Uruguay, en Entre Ríos, donde gobernaba el vencedor de Caseros²³¹.

El Colegio de Concepción del Uruguay, al concentrar jóvenes de distintos y variados rincones del país bajo un mismo techo y sometiéndolos a una misma formación, habría establecido los cimientos de una incipiente conciencia nacional, contrarrestando los efectos de años de aislamiento provinciano. Según la visión del autor, de entre esta generación de alumnos es que saldría un elenco que, años más tarde, llevaría a cabo la “revancha de Pavón” contra el centralismo porteño²³². Otro punto destacado de la influencia del Colegio sería el hecho de haber sido un ambiente en el cual los alumnos se familiarizaron con las obras de Alberdi. Otro hecho que Terzaga destaca como prueba del carácter nacional es la exitosa participación que tuvieron algunos alumnos en 1852 como milicias comandadas por el caudillo federal Ricardo López Jordán contra las fuerzas invasivas del correntino Madariaga, al servicio de Buenos Aires²³³.

El valor que el autor le adjudica al periodo que el joven Roca pasó en Entre Ríos deriva también de las experiencias a las que pudo acceder el futuro presidente por fuera de los claustros escolares. Más específicamente, Terzaga hace especial mención a las guardias que rutinariamente debía realizar en el Palacio San José, la residencia de Urquiza. Difiriendo nuevamente con respecto al relato de Lugones, el autor sitúa el primer encuentro del joven Roca con el indio dentro del contexto de una embajada presidida por Manuel Namuncura, en 1859²³⁴.

En cuanto a la Batalla de Cepeda, el autor no sólo destaca la participación del joven oficial sino que además se detiene en un acontecimiento bibliográficamente oscuro ocurrido en esa contienda: la captura por parte de las fuerzas porteñas del joven Roca. Si bien afirma que ningún autor anterior que haya tratado el tema lo menciona, por otro lado señala la falta de evidencia documental del suceso. La certeza del autor acerca de la veracidad del suceso parte de

²³¹ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.37-38.

²³² Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.45.

²³³ Terzaga, op. cit., *Tomo I* pág.51.

²³⁴ Terzaga, op. cit., *Tomo I* pág.72-73.

dos pilares centrales²³⁵. El primero consiste en la réplica que le haría el oficial uruguayo José Miguel Arredondo en las vísperas de la batalla de Santa Rosa, en el contexto de la así llamada Revolución de 1874. El 4 de diciembre de ese año, el entonces coronel Roca le haría llegar a su antiguo jefe una notificación de la rendición de Mitre junto con una exhortación para deponer las armas. Frente a este mensaje, Arredondo contesta “no recibo consejos de un prisionero de Cepeda”²³⁶. La segunda evidencia presentada se halla en una carta pública de Sarmiento del año 1886 en la que recuerda que Roca fue hecho prisionero en la batalla de Pavón, equivocándose, según el autor en el nombre de la batalla pero no en lo “sustancial”²³⁷.

En función de reforzar la idea del compromiso partidario del joven Roca, el autor hace especial mención de una sanción disciplinaria impuesta al mismo por Urquiza en marzo de 1860. La impermeabilidad de la conducta del joven oficial frente a este hecho, al que se le suma la posterior prisión de su tío en Córdoba, es presentada por Terzaga como muestra de su “fidelidad federal”, en su accionar posterior en la Batalla de Pavón²³⁸.

La derrota sufrida por la Confederación Argentina tuvo, entre sus muchas repercusiones, la consecuencia de enviar al por entonces teniente Roca a reconstruir su vida en Buenos Aires. Frente a las críticas de diversos autores que ven en esta mudanza de Roca una defección, Terzaga relativiza el accionar del oficial que tantas veces había catalogado como federal. En primer lugar, el autor no interpreta aquellos eventos como los de un oficial abandonando sus filas sino, más bien, el de un observador que, al contemplar la disolución de la Confederación, ve una dirigencia que al claudica y abandona a aquellos individuos que habían luchado y militado por ella. En segundo lugar, señala que el ingreso de Roca a las filas del ejército comandado por Wenceslao Paunero, ocurrido un año después de Pavón, coincide con la asunción de Marcos Paz como vicepresidente de Mitre. Esto ocurría al tiempo que el coronel José Segundo Roca, con un acentuado resentimiento contra Urquiza, retiraba a sus hijos del Colegio de Concepción y se incorporaba al Estado Mayor de Paunero. Esta contextualización de la situación familiar cuando se contempla, además, con los apenas dieciocho años del teniente Roca en el momento, le sirve a

²³⁵ Terzaga, op. cit., *Tomo I* pág.78.

²³⁶ Terzaga, op. cit., *Tomo I* pág.337.

²³⁷ Terzaga, op. cit., *Tomo I* pág.79.

²³⁸ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.101.

Terzaga para relativizar la capacidad de decisión autónoma del joven oficial frente a las disposiciones patriarcales²³⁹.

A pesar de hacer un extenso y detallado retrato de las campañas mitristas contra las montoneras federales en las que participo Roca, el autor hace una importante diferencia entre el por entonces joven oficial tucumano cuyas demostraciones de coraje resalta y las actitudes y costumbres de sus jefes de “cínica extraversión y gusto por la sangre”²⁴⁰. Terzaga argumenta además que, si bien Roca habría cumplido su papel dentro de la maquinaria militar a la que pertenecía, ésta no podría ni destacarse particularmente ni ser juzgada en sentido político, a diferencia del caso de sus jefes, como Arredondo o Paunero²⁴¹.

En cuanto se refiere a la Guerra del Paraguay, el autor hace hincapié en el efecto transformador de esta guerra tanto en los soldados como individuos como en el ejército en tanto un todo. A la vez que Terzaga argumenta en contra de las tesis que ven en el Ejército Argentino una continuidad desde su independencia hasta la contemporaneidad²⁴², subraya la heterogeneidad de clase, ideología y procedencia tanto de oficiales como de soldados durante la contienda, la cual resume al emplear la definición de ese ejército como “la expresión “organizada” (comillas del autor) de la disolución de la vieja sociedad argentina”²⁴³. Si bien la experiencia común y uniformada de la guerra le habría aportado a esa estructura militar cierta dirección común, esta de ninguna manera habría desactivado los conflictos de la sociedad argentina, que en ese entonces incubarían dentro de las propias fuerzas armadas. Este proceso acabaría por expresarse con un ejército que no solo se tornaría en contra de sus antiguos líderes (principalmente Mitre) sino que también, ante la situación de los partidos políticos nacionales, buscaría suplantarlos, convirtiéndose a sí mismo en partido político con sentido nacional. La imposición de Sarmiento como candidato a la presidencia habría sido su debut en el escenario político nacional²⁴⁴.

²³⁹ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.121-123.

²⁴⁰ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.141.

²⁴¹ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.212.

²⁴² Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.238.

²⁴³ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.240.

²⁴⁴ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.241-242.

En consecuencia, la posterior participación de Roca en la represión de Felipe Varela en el Norte y el Oeste es vista por el autor como la de un oficial actuando desde la plataforma militar de una organización que se estructuraba como nacional por su constitución, sus mandos y sus funciones²⁴⁵. De manera similar es entendida la expedición encabezada por Roca contra Ricardo López Jordán, a pesar de ser descripto como “el último gran caudillo gaucho de la Argentina”²⁴⁶.

Terzaga traza sus orígenes de la Liga de Gobernadores en lo que define como el “no domeñado sentimiento federal” de las provincias en conjunto con algunos trabajos de Urquiza y sus aliados que posteriormente serían retomados por Avellaneda y luego Roca²⁴⁷. La tesis de la participación de viejos federales en el roquismo es reforzada por el autor con ejemplos tales como las buenas relaciones que tejió con los Saa de San Luis cuando era todavía coronel, incorporando al hijo del General Juan Saa a su ejército²⁴⁸.

El autor también intenta relativizar las teorías que le adjudican la exitosa carrera de Roca a los caprichos del azar, al argumentar que desde temprana edad mostraba “gran previsión y buen sentido”, como lo demostraría en su rechazo a la candidatura de Ministro de Guerra en 1874, cuando contaba con 30 años²⁴⁹.

Respecto de la fracasada revolución mitrista del año 1874, el autor critica el tratamiento del suceso en la historiografía argentina, tanto liberal como revisionista, a las cuales acusa de quitarle la importancia que merece. Frente a definiciones como las de Ernesto Palacio que describen los años entre Caseros y 1874 como los de la “República liberal y mercantil”, Terzaga ve en el triunfo del Ejército Nacional (y en las sucesivas derrotas mitristas en el '80 y en el '90) la prueba de que la corriente nacional representada por el viejo liberalismo habría encontrado un nuevo camino en el cual afianzarse, a pesar de haber sufrido algunas alteraciones determinadas por las nuevas condiciones político-económicas del país²⁵⁰.

²⁴⁵ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.251.

²⁴⁶ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.265.

²⁴⁷ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.280.

²⁴⁸ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.313.

²⁴⁹ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.317.

²⁵⁰ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.325.

El autor también hace mención a la anécdota de Carlos D'Amico respecto de la batalla de Santa Rosa, citado anteriormente en el texto de Rosa. Sostiene que, aun concediendo que Roca pudo haber dicho que esté empleó sus cañones contra los combatientes mitristas en retirada para aumentar el número de bajas y la importancia de la batalla, esa actitud no condice con lo que se conoce acerca del personaje. Por otro lado, aduce que de haberlo hecho realmente, no lo habría contado y presenta la posibilidad de que Roca haya querido “hacer gala de cinismo” durante la conversación como una explicación a su parecer viable²⁵¹.

En el tema de la Conquista del Desierto, Terzaga hace una descripción detallada tanto del plan roquista, como el de su rival, el por entonces Ministro de Guerra Adolfo Alsina. En lo referente al plan de Roca, hace referencia a la percepción del mismo de la comandancia de fronteras como sus “Galias”, es decir, como un paso necesario en su carrera antes de cruzar el Rubicon que supondría el salto a la presidencia²⁵². La concepción de Roca del problema es presentada como de una coherente acerca de la expansión y la articulación del espacio nacional, diferente de la bonaerense²⁵³. Asimismo, Roca habría entendido a la cuestión del indio y la del desierto como un mismo problema, distanciándose de la visión de Alsina, que veía en ambas temas opuestos²⁵⁴.

En cuanto a las tribus en sí, el autor destaca la exportación de ganado robado a Chile como su principal sustento económico²⁵⁵. A su vez describe la cultura indígena en un proceso de significativa regresión, a causa de dos elementos que en principio habrían visto como salvadores: el uso del caballo y la posesión de ganado vacuno, los cuales los habrían llevado al saqueo y al nomadismo casi permanente²⁵⁶. A esto se le sumaría, además del carácter chileno de los propios araucanos, la protección de importantes sectores de la sociedad chilena que, según el autor, habrían organizado malones y comercio clandestino, otorgado protección oficial y provisto

²⁵¹ Terzaga, op. cit., *Tomo I*, pág.340.

²⁵² Terzaga Alfredo, *Historia de Roca, De soldado federal a Presidente de la Republica, Tomo II* Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1974, pág. 13.

²⁵³ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág. 8.

²⁵⁴ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.22.

²⁵⁵ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.32.

²⁵⁶ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.101.

armamento²⁵⁷. La política de alianzas entre el gobierno chileno y los jefes tribales encontraría su explicación en las pretensiones de expansión oriental del país vecino, demostrada en declaraciones tales como una fechada de 1876 por la cual buscarían llevar su límite hasta la línea del Río Negro²⁵⁸. Los argumentos anteriores son presentados de manera explícita en el texto en función de enfatizar la problemática de la Conquista del Desierto alrededor de cuestiones de soberanía nacional amenazada²⁵⁹.

Al llevar a cabo la estrategia de conquista, Roca habría dado un viraje a los supuestos geopolíticos de la época, dándole continuidad real al espacio geográfico y suprimiendo una frontera en la que convivían la disolución de la antigua sociedad criolla y tribus nómades agonizantes y volcadas a la mera depredación²⁶⁰. A esto se le agrega el hecho de que habría acabado con el juego triangular de Buenos Aires, el Litoral y el Interior que hasta entonces había dominado la política argentina²⁶¹. Esto le habría permitido la convergencia del Ejército Nacional, la juventud política provinciana y un reducido pero decisivo grupo de autonomistas alsinistas porteños convergiesen, en la fuerza inicial al PAN²⁶². Finalmente, el autor vuelve a intentar refutar el papel de la buena fortuna en la consagración de Roca como caudillo nacional al afirmar que fueron las condiciones objetivas de la historia nacional las que lograron formar el carácter político y militar de Roca como una simbiosis que adquiriría “una dimensión nacional, un carácter superlativo y una graduación refinadamente equilibrada²⁶³”.

²⁵⁷ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.171.

²⁵⁸ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.173.

²⁵⁹ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.169.

²⁶⁰ Terzaga, op. cit., *Tomo II*, pág.155-156.

²⁶¹ Terzaga, op. cit., *Tomo II* pág.168.

²⁶² Terzaga, op. cit., *Tomo II* pág.125.

²⁶³ Terzaga, op. cit., *Tomo II* pág.196.

Conclusión

A lo largo de este trabajo hemos analizado la evolución de las posturas revisionistas a lo largo del tiempo y de ello hemos podido extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, es posible apreciar cómo en los revisionistas más tempranos la Conquista del Desierto recibe un tratamiento más bien escueto. Razonablemente, esto se explicaría por dos factores centrales: por un lado, la imagen más bien adversa de Roca que poseían los autores, por otro, la claramente prestigiosa reputación de la que gozaba la conquista patagónica entre la opinión pública, demostrada en el hecho de que estos autores no sintiesen necesidad de desarrollar en mayor detalle las alabanzas pasajeras que hacían de la misma. En consecuencia, es posible argumentar que las líneas más bien superficiales que abordan la cuestión responden a una maniobra de los autores a fin de evitar verse obligados a extenderse en la descripción de lo que era visto como una hazaña ciertamente acertada, dentro de un texto más general de crítica hacia el personaje en cuestión.

Un tratamiento más extenso sobre aparecerá recién con Rosa y sólo después de hallar la forma de sintonizar la Conquista del Desierto con su visión más crítica del régimen al incorporar de manera más detallada la cuestión de los pueblos originarios. Si bien la obra del autor implica en este tema un salto cualitativo respecto de la aproximación más desinteresada de sus predecesores, es posible sostener que la cuestión indígena adolecía aun del peso que adquiriría en debates futuros. Un argumento a favor de ello sería la incorporación de la ofensiva contra las tribus patagónicas dentro del tópico del exterminio del gauchaje federal, lo que podría describirse como una táctica de Rosa de apelar a sentimiento de empatía presumiblemente presente en su público lector.

Una estrategia comparable en sus formas pero opuesta en sus fines es la que persigue Ramos quien, dentro de su esquema general laudatorio de Roca (y, consecuentemente, también de su campaña austral), contrapone el escarmiento a las tribus patagónicas con las expediciones punitivas contra el gauchaje provinciano, en función de relativizar la primera en relación a la segunda. El hecho de que Ramos, por otro lado, se haya visto en necesidad de excusar de cierta manera la campaña de Roca mostraría el peso progresivo de la temática aborigen. Esta

evolución paulatina se sostendría a lo largo de los años, como se evidencia en el caso de Terzaga, el último autor citado en este trabajo.

En la biografía de Terzaga y a pesar de su carácter, en términos generales, apologético, la Conquista del Desierto adquiere un lugar sumamente destacado, ocupando prácticamente la totalidad del segundo tomo. A pesar de retomar el argumento de la soberanía nacional, el nivel de detalle y la extensa base documental enarbolada como soporte de una posición justificativa muestran en sí mismo una transformación en la importancia de este tema desde la época de las lacónicas alusiones de los primeros revisionistas.

En paralelo, es posible observar un progresivo desplazamiento de la figura de Roca de un lugar de miembro y líder todopoderoso de la oligarquía argentina dentro de la crítica antiliberal del primer revisionismo a visiones más ambivalentes (como es el caso de Hernández Arregui, por ejemplo) y a apreciaciones marcadamente más positivas en las que se revaloriza la función de Roca como unificador nacional.

En lo referente a este último punto, las operaciones de valorización del rol unificador de Roca implican una intrínseca reivindicación del órgano instrumentado por el general tucumano: el Ejército Nacional. En una visión compartida por autores tales como Jauretche, Ramos y Terzaga, la naturaleza pluriclasista y multiregional de sus miembros es lo que le habría permitido a esta institución cumplir la función de síntesis superadora de los conflictos civiles, desempeñando el rol nacional y casi popular de pacificación del país.

El motivo por el cual pensadores provenientes de la izquierda nacional hiciesen esta reivindicación del ejército (y, en alguna medida, de una lectura más popular del roquismo) en buena medida podría ser explicado por la adhesión de estos autores al peronismo. Consecuentemente, esta revalorización de Roca podría describirse como una operación retrospectiva de identificación de los orígenes nacionales y, en alguna medida, populares de una institución de la que décadas más tarde emergería el líder de uno de los movimientos de masas más trascendentes en la historia argentina como fue el peronismo. De ello resultaría, además, un eje común a varios autores, más o menos directo y más o menos explícito, del eje Roca-Yrigoyen-Perón, como líderes de importantes movimientos populares.

A lo anteriormente señalado, se le debe agregar el hecho de que todos estos postulados fueron elaborados con anterioridad a la llegada al poder del así llamado Proceso de Reorganización Nacional en 1976, cuyos crímenes y políticas socavarían drásticamente la imagen del Ejército Nacional en la opinión pública. De aquí se desprende una hipótesis que a consideración del autor de este texto ameritaría una investigación más profunda: en qué medida el deterioro de la imagen de Roca no sólo estaría ligada a una creciente importancia historiográfica de los pueblos originarios como tema de investigación sino también a la decadencia de la imagen del ejército, principal sostén de las reivindicaciones de la figura del general tucumano por parte de la izquierda nacional en épocas anteriores al golpe de 1976. Una investigación en esta perspectiva demandaría también un análisis del uso de la figura de Roca por parte del gobierno de la Junta Militar, además de un examen de la producción historiográfica, en función de poder apreciar mejor la naturaleza de la relación entre la figura de Roca y la dictadura. Si bien una labor de esta naturaleza supera los parámetros de este trabajo señalaremos, no obstante, algunos hechos que reforzarían la validez de esta hipótesis.

Efectivamente, es posible destacar un uso propagandístico de la junta militar de la Conquista del Desierto en una serie de puntos diversos²⁶⁴. Esto se explicaría por una búsqueda por parte del gobierno militar de relacionarse discursivamente con la campaña de Roca, entrelazando la “guerra contra el indio” con la “guerra contra la subversión”²⁶⁵. Ejemplos de ello pueden ser encontrados en hechos tales como la caravana ecuestre partida desde Bahía Blanca en mayo de 1979, emulando el recorrido de Roca y organizada por la Comisión Nacional de homenaje al Centenario de la Conquista del Desierto²⁶⁶, el acto conmemorativo del centenario de la misma en el pueblo rionegrino de General Roca²⁶⁷ y el auto adjudicado título de Proceso de Reorganización Nacional, en clara alusión al así llamado Proceso de Organización Nacional encabezado por Roca desde su primera presidencia²⁶⁸. Esto coincidiría, además, con una larga corriente historiográfica de carácter épica y apologética de la Campaña del Desierto cuya

²⁶⁴ Sánchez, Laura, “La negación del genocidio en el discurso sobre la conquista del desierto”, 3era jornada de Historia de la Patagonia, San Carlos de Bariloche, 6-8 noviembre, 2008, pág.3.

²⁶⁵ Sánchez, op. cit., pág. 5.

²⁶⁶ Sánchez, op. cit., pág.5-6.

²⁶⁷ Sánchez, op. cit., pág.3

²⁶⁸ Sánchez, op. cit., pág.5

producción que, si bien se remonta a textos casi contemporáneos a los mismos hechos, alcanza uno de sus picos máximos en 1979, en ocasión del centenario del evento²⁶⁹.

De manera paralela y simultánea a estos sucesos, es posible hallar, además, otro motivo por el cual la Junta Militar habría podido estar interesada en la reivindicación de Roca, en tanto figura de la soberanía nacional y patagónica: el conflicto por el canal del Beagle con Chile. Recordemos que a principios de 1978 la dictadura argentina rechazó el fallo del laudo arbitral realizado el año anterior, lo cual condujo a ambos países a una situación de creciente belicismo hasta que el punto en el que el Estado de Guerra efectivo fue sólo evitada por una intervención por parte del Vaticano. En este contexto, la figura de Roca no sólo como el arquitecto de una soberanía patagónica argentina concreta sino además como el caudillo nacional que lideró a la nación en una situación similar de enfrentamiento con el país transandino, podría adquirir cierto atractivo para el gobierno militar²⁷⁰.

Frente a ella, se encuentra también una contracorriente, con importantes producciones desde la década del '60, centrada en la impugnación de las acciones del ejército y en la reivindicaciones de sus víctimas²⁷¹. Además, en algunos casos, (como es el del texto de David Viñas *Indios, Ejército y Fronteras*) el objetivo trascendería al tema en sí al querer emparentar el rol del ejército en la campaña patagónica con el accionar de esa misma institución un siglo más tarde en la represión interna²⁷².

En resumen, como hemos podido observar a lo largo de este texto, una figura tan ambivalente como la de Roca, al ser analizada por una corriente tan amplia como el revisionismo histórico argentino, es capaz de proyectar imágenes de lo más diversas y contradictorias entre sí. No obstante, también hemos podido notar cómo el énfasis en determinadas cualidades del general tucumano en detrimento de otras siempre se ha encontrado íntimamente ligado a la evolución de los escenarios políticos contemporáneos al momento de la escritura de los textos estudiados. De esta manera, el estudio de la figura de Roca a través de esta óptica revisionista no

²⁶⁹ Mases, Eduardo Hugo, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*, Buenos Aires, Entrepasados/Prometeo, 2002, pág.14.

²⁷⁰ Rapoport óp. cit. pág. 638-640.

²⁷¹ Mases, op. cit., pág. 15.

²⁷² Mases, op. cit., pág.16.

solo proporciona interpretaciones originales sobre la historia nacional sino que además permite un acercamiento a como esos pensadores nacionalistas pensaban su presente y, hasta un cierto punto, también su futuro.

Bibliografía

Fuentes:

- Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra 1973.
- Hernández Arregui, Juan José, *Nacionalismo y Liberación*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1969.
- Irazusta, Julio, *La generación del 80*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1981.
- Jauretche, Arturo, *Ejercito y Política*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires 2008.
- Jauretche, Arturo, *Política Nacional y Revisionismo Histórico*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1970.
- Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina 1515-1943*, Buenos Aires, A. Peña Lillo 1974.
- Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamerica ediciones argentinas, 1986.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*-2da edición, Buenos Aires, Senado de la Nación, 2006.
- Rosa, José María, *Historia Argentina Tomo IV (1826-1841)*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970.
- Rosa, José María, *Historia Argentina Tomo VIII (1878-1895)*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970.
- Rosa, José María, *Historia Argentina Tomo IX (1895-1916)*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1970.
- Terzaga, Alfredo, *Historia de Roca, De soldado federal a Presidente de la Republica*, Tomos I y II, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1974.

Bibliografía de consulta:

- Acha, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Cisneros, Andrés y Escudé, Carlos. «Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina - La "diplomacia de los acorazados" (1908-1914)». <http://www.argentina-ree.com/7/7-053.htm>.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Ferrero, Roberto A. “Alfredo Terzaga, Biografía Mínima” en *Patria Grande _ Revista mensual de la Izquierda Nacional-Tercera Época*—Año 3 Numero 29 Mes: Agosto, Córdoba, Ediciones del CEPEN, 2010.
- Godoy, Juan, “Roca y los Revisionistas”, en Agencia Paco Urondo, abril del 2014.
- Halperín Donghi, Tulio *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Kroeber, Clifton B., *Rosas y la Revisión de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Fondo Editor Argentino, 1964.
- Lugones, Leopoldo, *Historia de Roca*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional 2012.
- Luna, Félix, *Soy Roca*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Pestanha, Francisco José, “Julio Argentino Roca y el Revisionismo Histórico”, en revista *Escenarios UPCN* – mes de setiembre de 2012.
- Rapoport, Mario, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Ariel, 2006.
- Stortini, Julio H. “Los orígenes de una empresa historiográfica: El Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1938-1943”, en Devoto, Fernando, *La Historiografía Argentina en el Siglo XX*, Buenos Aires, Editores de Latinoamérica, 2006.

Cronología

Nacimiento: 17 de Julio 1843.

Muerte: 19 de octubre 1914.

Padre: José Segundo Roca.

Madre: Agustina Paz.

1857: ingreso al Colegio Concepción del Uruguay.

1858: Subteniente de Artillería-

1859: participación en la segunda Batalla de Cepeda.

1861: participación en la Batalla de Pavón y posterior mudanza a Buenos Aires.

1864: estallido de la Guerra de la Triple Alianza.

1868: participación en la campaña contra Felipe Varela.

1871: participación en la campaña contra Ricardo López Jordán y posterior ascenso al grado de coronel.

1874: participación de campaña contra la Revolución de 1874 y ascenso al grado de general tras vencer al Gral. Arredondo en la Batalla de Santa Rosa.

1877: muerte de Adolfo Alsina y nombramiento como Ministro de Guerra.

1879: Conquista del Desierto.

1880: sublevación de Carlos Tejedor, federalización de Buenos Aires y asunción de Roca a la presidencia.

1881: Tratado de Límites con Chile.

1886: fin de la presidencia de Roca y asunción de Miguel Juárez Celman.

1890: Revolución del Parque, renuncia de Juárez Celman y asunción de Carlos Pellegrini.

1892: asunción de Luis Sáenz Peña a la presidencia.

1895: renuncia de Sáenz Peña y asunción de José Evaristo Uriburu.

1898: segunda presidencia de Roca.

1901: ruptura en el PAN.

1902: Pactos de Mayo con Chile tras peligro de guerra.

1905: asunción de Manuel Quintana a la presidencia .

1906: muerte de Quintana, Mitre y Pellegrini y asunción de José Figueroa Alcorta.

1908: triunfo político de José Figueroa Alcorta contra su oposición y retiro de Roca de la vida pública.

1914: muerte de Roca.